

La limpia sigue (Primera parte)

Pedro César Castillo Quiñones

Image not found.

Capítulo 1

La limpia sigue

Capítulo 2

Veo a ciudadanos angustiados por la falta de seguridad, ciudadanos que merecen mejores servicios y gobiernos que les cumplan. Ciudadanos que aún no tienen fincada en el futuro la derrota; son ciudadanos que tienen esperanza y que están dispuestos a sumar su esfuerzo para alcanzar el progreso.

Luis Donaldo Colosio

Capítulo 3

PRIMERA PARTE

Capítulo 4

I

La Ciudad Renacimiento

Fue en la Ciudad Renacimiento, una noche de marzo, cuando a la niña Esmeralda se le arrebató la vida.

Era una dulce niña, de complexión delgada, tez morena clara, ojos color avellana que solían titilar por el barandal de su rústica ventana.

Vestía una blusa y short de color azul cuando su último hálito jadeó. La luminosidad de sus ojos se desvaneció sin dejar rastros de esperanza.

Estaba por anochecer. A paso lento caminábamos rumbo a mi casa. En el corto y amargo camino me acompañaba mi mejor amigo Ramiro. Un increíble camarada desde los bellos recuerdos de la infancia. Conversamos durante todo el trayecto, así era mucho más ameno el regreso a nuestros hogares. Hablamos de todo; pero la plática se centró e intensificó cuando la charla se desvió a la vida de nuestros amigos. Ellos, que abandonaron el pueblo en la búsqueda de un sitio donde sí remuneren su labor, su buen trabajo, su buena fe.

La delirante caminata nos alejaba de las pesadillas recientes que nos atormentan. Era placentero dejar que los últimos rayos de sol calentaran nuestra lívida piel.

Atajábamos cuesta arriba, por una pendiente pavimentada donde nadie parecía existir. Seguramente, las personas que viven en esta pequeña colina de asfalto, están ocultas dentro de sus hogares, enclaustradas por el miedo que se vive a todas horas, los siete días de la semana.

Ramiro ha frenado nuestro paseo junto a una parada de autobús. Observo como sus hondos ojos negros se entristecen, y de su destrozado pecho expulsa un estruendoso grito de garganta y da un poderoso puntapié a la banca de la parada.

- ¿Aquí fue donde la mataron, verdad? –Me acerco cálidamente a Ramiro y coloco suavemente mi mano sobre su hombro, al ras de su playera.

Guardamos un minuto de silencio. Alrededor aún podían verse los cristales rotos por las balas, y en el suelo, una mancha de sangre opaca

alfombraba la griseada banqueta.

- ¡Putá madre Peter! No se vale. ¡Putá madre!- Reclamaba ahogados sollozos.

Efectivamente no se vale que nuestros amigos, gente inocente, siga siendo brutalmente asesinada. No se vale que únicamente las autoridades se dediquen a perfumar a los muertos para que deje de apestar. La gente buena escribe su vida en agua, que tan fácilmente se evapora por el fuego de las armas.

En unos minutos la luminosidad del sol se desvanecerá, pero a Ramiro parece no importarle. Parecíamos estatuas contemplando la deprimente escena. El viento era cada vez más gélido. Sólo se puede apreciar la verdadera fuerza del viento cuando se está en contra de él.

Al extremo opuesto de la calle una silueta se aproxima. Nos es claro observar que le cuesta trabajo caminar, desde lejos se puede admirar cómo viene cojeando, arrastrando los pasos que con esfuerzo va dando. La enigmática sombra ahora nos es visible. Deja de estar en el anonimato, y lentamente se acerca a nosotros.

- No deberían estar aquí. Es muy peligroso dar paseos nocturnos. ¡Lárguense!-Vocifera el hombre que venía cojeando.

- Ya nos íbamos- Contesté. -¿Qué le pasó en la pierna?-

El hombre, de no muy alta estatura, ligeramente arqueado de su espalda, nos mira con su acusadora mirada.

- Chismosos éstos. ¡Me dieron un tiro! ¿Y? A ustedes qué les anda preocupando mi vida. Si no se van ya de aquí les pasará lo mismo.

El hombre nos empujó con su torpe cuerpo al momento de retirarse. Ramiro y yo nos quedamos viendo, permanecimos unos minutos más frente a la parada del bus y nos fuimos.

Deambulamos en la desolada colonia por diez minutos más hasta llegar a casa de Ramiro. Me invitó a pasar para saludar a su querida madre, pero debido a lo tarde que ya era, tuve que negarme. Nos dimos un fuerte abrazo, y antes de retirarme, le dije que todo estaría bien. Ramiro me vio con ojos calmos y me pidió de favor que regresara con mucho cuidado.

Nuestras casas no se hallaban demasiado apartadas, es sólo que, en la noche, todo parece estar más lejano.

Cuando al fin me encontraba seguro en los muros de mi hogar, al momento de entrar, noté que la mesa estaba puesta para que la familia

podría cenar. La televisión estaba encendida como siempre. Sólo se encontraba prendida para hacer ruido en la atmósfera. Nadie prestaba atención a lo que se transmitía. Estaba encendida en el canal dos de las estrellas1.

Al entrar saludé, como era de costumbre. Mi madre se apuraba en lo que cocinaba, y mi hermana se distraía en su celular, hablando con sus amigos y guardando memes en su teléfono. Mi padre aún no llegaba de trabajar.

Me acomodé en uno de los sofás. No esperaba nada nuevo, ni nada en especial en el noticiero, pero todo cambió, cuando de repente, el periodista de la T.V comenzó a hablar sobre el homicidio de Esmeralda.

Sentía como mi sangre se espesaba, como se asentaba en la planta de mis pies. Jamás había visto que televisaran algo respecto a un conocido. Es lamentable que se tratase de una nota roja.

Tomé el control remoto y subí el volumen. Mi hermana me echó su mirada de disgusto.

- No le subas tanto- Me dijo frunciendo el ceño.

Di por alto su reproche. Mi atención se enfocaba únicamente al parloteo que decía el conductor de televisión. La nota que dijo mencionó lo siguiente: "Una joven de 15 años fue asesinada con arma de fuego de alto poder, la tarde del 8 de marzo en el Estado de Guerrero. Los hechos ocurrieron alrededor de las 19:00 horas. Distintas corporaciones policiacas llegaron a acordonar el área, tras recibir el reporte de una adolescente asesinada a balazos. Momento después arribó el personal del Ministerio Público del Fuero Común para llevar a cabo las diligencias de ley. Los peritos localizaron cerca del cuerpo tres casquillos percutidos calibre .223 para fusil AR-15. Junto al cadáver también se localizó una cartulina blanca con el siguiente mensaje textual: ASÍ VAN A QUEDAR TODOS LOS CHAPULINES QUE QUIERAN ENTRAR A TERRERNO PROHIBIDO. LA LIMPIA SIGUE. ESTÁN UBICADOS BOLAS DE LACRAS. SÁLGANLE AL TOPON PUTO. BENGAN A RECOGER SU BASURITA. ATT. YA SABEN.

El cuerpo fue trasladado a las instalaciones del Servicio Médico Forense para practicarle la necropsia de ley, donde más tarde fue identificada como Esmeralda López Reyna, la cual contaba con 15 años de edad. Elementos de la policía, junto con los militares, llevaron a cabo el aseguramiento del área. Mientras se levantaba a la occisa, se registró una balacera a unas calles de la escena del crimen, dejando un saldo de un muerto en total. Los peritos de la Procuraduría General se encargaron de levantar registros y llevar a cabo labores de campo y..."

Apagué la señal del modem. Me rehusaba a seguir escuchando lo mismo que me habían contado una y otra vez. Esto parecía un bucle sin fin, un extenuante corredor el cual se alarga el doble por cada paso que voy dando. Es lo mismo que mi cabeza repite a diario, desde que me levanto de la cama hasta que regreso a ella.

- Ya está servida la cena. Vengan a comer.- Me alivia la delicada y dulce voz de mi madre. Volví a encender el televisor. Ahora parloteaban sobre los resultados de la Liga MX2.

Una exquisita cena bastó para reparar los malos pensamientos que tenía. Acompañado por una amorosa familia que siempre ve el lado bueno de los pesares, una familia que intenta llevar una vida color de rosa. No sé si realmente soy el único de nosotros que se preocupa por dónde vivimos. Muchas veces me cuestiono por qué tengo que preocuparme por los problemas de los demás, cuando esas personas no se preocupan por sí mismas. Quizá soy demasiado grato con el mundo, y puede que eso sea algo bello, pero al mismo tiempo es desgastante. Es algo que no se puede hacer solo. Hay pesadas noches en las que rezo en silencio; y no sé quién o qué es Dios, pero todos los días le pido que la guerra deje de ser indiferente ante los ojos del mundo.

Alcé los platos sucios y los llevé al fregadero. Mi madre me pidió de favor que los lavara. No le negué su petición.

Después de enjuagar los platos, marché rumbo a mi habitación para poder descansar. Sin mayor conflicto encontré al sueño escurridizo. Intenté ya no preocuparme por nada ni nadie, simplemente dejé envolver mi cuerpo en la suave tela de mi sábana y esperé a que amaneciera.

Lo que sigue, no estoy completamente seguro de haberlo vivido. No puedo decir acertadamente si lo soñé o si estaba despierto.

Durante la madrugada creí estar consciente. Creí escuchar el automóvil de mi padre detenerse frente a la casa. Mi madre suele apartar con botes rellenos de cemento un fragmento de la calle para que mi padre pueda, sin mayor dificultad, estacionar el carro cerca y a la vez en un sitio seguro. Quité las cobijas, bajé de la cama, y me dirigí a la ventana para poder observar a ajeteo que se escuchaba afuera.

Mi padre llegó agitado, dando sobresaltos y gritos que bien podían alertar a los vecinos de algún mal. Mi madre había permaneció despierta, esperado impacientemente a mi padre en el pórtico de nuestra casa. Papá siempre regresaba tarde del trabajo, pero nunca demoraba más allá de la media noche. Según recuerdo, eran las 2:47 de la madrugada cuando miré el reloj de mi cómoda, y papá apenas había llegado a casa. Contemplé su cara llena de angustia. Parecía que todas las emociones lo estrujaban. Pintaba un rostro de preocupación, de confusión, sus

movimientos eran temblorosos, extraños.

Sigilosamente abrí la ventana de mi recámara para poder apreciar mejor lo que mi padre le decía a mi madre.

- ¿Qué pasó?- Pregunta mi madre. Papá se acercó a ella, abrazándola temblorosamente.

- Cariño, esta noche ha sido como ninguna otra.

Mi padre contó la siguiente historia. Cuando finalizó su jornada laboral, fue a comprar una taza de café y una baguette a un establecimiento que él conocía desde hace años recientes. El ambiente figuraba como cualquier otro día cotidiano. Llegó y compró su café americano de veinte pesos. Buscó el rincón más apartado, se sentó y despejó sus pensamientos. Permaneció allí por cuarenta minutos aproximados. Al salir del establecimiento se dirigió a su carro, y al momento en el que llegó y abrió la puerta, una mujer lo sorprendió. Aquella fulana iba derramando lágrimas por el camino. Lo cogió de su camisa y le suplicó que le ayudara, le dijo, entre llantos, que sea buen ser humano y que por el amor de Cristo le auxiliara en su desgracia. Mi padre no supo cómo reaccionar al momento. Imaginó que se trataba de una demente o de alguien que simplemente quería engañarle y robarle. Mi padre mencionó que al ver su melancólica mirada se apiadó de sus cuitas. Le dijo que subiese al carro, y al instante ambos lo hicieron. Papá puso el carro en marcha y arrancó sin rumbo fijo. La mujer volteaba a todas partes, como si estuviese cerciorando que nadie los viniese siguiendo. Mi padre no pudo evitar preguntarle qué demonios ocurría, a lo cual ella contestó lo siguiente. Le contó que había estado saliendo con un hombre. Llevaban apenas siete meses de haber comenzado su relación. Ella depositó su confianza en él sin mayor preocupación. Ninguna señal de alerta o precaución le anticipó quien era realmente. Esa tarde, hora y media antes de que tropezara con mi padre en el estacionamiento, acordó en salir con su pareja al cine. Ella iba completamente ilusionada. El hombre la recogió en la puerta de su casa, en una CRV Honda, de color negro. Él llegó diciendo que la única función que logró conseguir empezaba hasta las diez con veinte minutos de la noche. En el reloj de la chica apenas iban a dar las siete en punto. Él hombre propuso que fuesen por una cerveza para matar el tiempo de sobra, a lo cual ella accedió, y serenamente se relajó en el asiento del copiloto. Al poco rato la mujer llegó a sentirse nerviosa. Por el cristal observaba que el hombre conducía por zonas que ella ya no lograba reconocer. El hombre se detuvo frente a una fábrica abandonada. La mujer se colocó una máscara de espanto cuando observó que aquel fulano sacó de entre sus ropas una pistola y le apuntó directamente a la cara. Ella recuerda que aquel barbaján le dijo que no hiciera nada estúpido. El pavor se manifestó en forma de lágrimas. El hombre sacó de su bolsillo su teléfono celular e hizo una llamada. Ella pudo escuchar nítidamente la

conversación que mantuvo en la línea.

- ¿Dónde mierdas estás? ¡Ya debías estar aquí! – Habla el ruin hombre que amordazaba a la chica.
- ¡Oh! Estate sereno, ya estoy a menos de cinco minutos. Espera un poco más pendejo. - Habla el extraño del otro lado de la línea.
- Espero que contigo traigas el dinero completo.

Resulta ser que aquel hombre fingió llevar una relación amorosa con la chica para poder venderla. Ella entró en pánico al escuchar el macabro diálogo. De momento pensó, que si la iban a vender, aquel rufián no podía dispararle a matar. Entonces, con una vehemente fuerza, fruto de su instinto de supervivencia, golpeó con su puño el rostro del bellaco, destrozando su picuda nariz, y raudamente, quitó el seguro de su puerta y salió despavorida del vehículo. Corrió lo más lejos que pudo, evadiendo con maestría todos los obstáculos que tenía por delante. Sin hacer más larga y tediosa esta historia, la mujer le rogó a mi padre que la protegiera cuando le encontró en su milagroso escape.

Papá anduvo dando vueltas por todas partes, haciendo tiempo para poder llevarla a la central de camiones, lugar que ella misma pidió que la dejara.

Ya habían transcurrido cuatro horas desde que mi padre la encontró, y sin más preámbulos, se dirigió a la central de camiones. Allí la dejó, y de buena fe mi padre le ofreció mil pesos, pero ella los rechazó. Dijo que con lo que ya había hecho bastaba. Se despidió de mi padre, le dio la bendición y partió. Mi padre no regresó de inmediato a la casa. Anduvo dando vueltas, verificando que nada ni nadie le seguían en el camino. Ya una vez que confirmó lo dicho anteriormente, regresó a casa, espantado y con demasiadas dudas. No sabía decir si realmente hizo lo correcto. Su mayor preocupación ahora era nuestra familia. Ponía en tela de juicio nuestra seguridad. Se ofendía a sí mismo por habernos puesto en un alto riesgo.

Después, lo único que logro recordar, es haber despertado en mi cama. Quizá, más tarde, le pregunte a mi padre, o a mi madre, si aquella capciosa visión que tuve fue real, o si sólo se trató de un mal sueño.

Capítulo 5

II

Muerte en Guadalupe y Calvo

Cuatro meses han volado desde que murió Esmeralda, y las desgracias siguen surgiendo sin mutar su naturaleza. El tiempo se ha congelado. Poco importa saber si han transcurrido uno o dos meses. No existen motivos por el cual alegrarse al correr el inexorable paso del tiempo. El mayor error que cometemos nosotros los seres humanos es que no corregimos los errores que estúpidamente cometemos. El errar es natural, pero el aceptarlos, sin hacer nada para corregirlos, es hacer de la vida misma nuestro infierno.

Las calles de la Ciudad Renacimiento se hallaban vacías. Los ciudadanos trabajaban en sus negocios y los niños asistían a sus clases.

En el colegio donde Ramiro y yo cursábamos el primer año de preparatoria únicamente se debatía una cosa: "¿Qué profesor será secuestrado esta vez?".

- Apuesto 300 pesos a que le toca al profe Armando.- Dice Augusto.

Juan Carlos, otro amigo de nosotros, apuntaba en su libreta las infames apuestas que realizan los alumnos.

- ¿Armando? ¿El profesor de Física? Estás pero bien wey. Obvio va a ser el profesor Raúl, el viejo que enseña Historia. Ofrezco un quinientón- Ahora, el que alza la voz es Aurelio, que a la vez va rolando el cigarrillo Delicado que ha encendido. – Me llegó el rumor de que a ese wey ya le amenazaron. Qué deje de estar metiendo ideas a sus alumnos, o sino, que ya sabe que pasa. ¿Tú a quien apuestas Ramiro? Yo sé que tú bien que sabes, no te hagas pendejo, je, je, je. Este puto ya es halcón¹.

- ¡Chinga tu madre wey!- Exclama Ramiro. – Yo no sé nada pendejo. A mí no me dicen nada. Además, ni soy halcón. Wey, no empieces de puto chismoso.

- ¡AYA YAI!- Cantan todos en coro.

- ¡Oigan a éste!- Vuelve a hablar Aurelio. – Ta bueno, ta bueno mi chapulin², ya dinos tu apuesta. –Entonces Aurelio se levanta

abruptamente y comienza a gritar. Todos andábamos en cuclillas. -¡Hagan sus apuestas, aquí, aquí! Je, je, je.

- Voy con Miriam. La maestra de Biología. –Afirma Ramiro con una cínica confianza en su rostro. Igualo tus quinientos wey.

- ¡Oh! Al chile, a esa maestra si me la vengo dando bien chido. La neta está como quiere la hija de su puta madre. Je, je, je.- Nos confiesa Augusto su atracción sexual por la maestra de Biología.

Nuestra pequeña Las Vegas era la mejor manera de entretenernos, de intentar ver, de un modo cómico, toda iniquidad que se respira en el ambiente. No se trata de deseárselo el mal a las personas, simplemente lo asimilábamos como un juego de lunfardos³. Es una manía más para burlarse de la muerte, dejando en claro la ausencia de miedo ante ella. En realidad, en nada afectan nuestras clandestinas apuestas. ¿Qué consecuencias viven en las palabras ponzoñosas que escupimos? No es que recitáramos satánicos maleficios contra sus personas. No es que fuéramos nosotros mismos quienes inmolaran la vida de nuestros profesores. Sólo somos unos vagos adictos a los juegos de azar.

El timbre del colegio se adentró en nuestros oídos, retumbando en la pared de nuestros tímpanos. El receso concluyó, y debíamos regresar a los salones. Ramiro y mis otros amigos se levantaron del áspero suelo. Alzamos nuestras mochilas y nos encaminamos a las aulas de estudio.

- ¿No van a entrar cabrones?– Pregunta Ramiro a Aurelio y a otro chico llamado Vicente, el cual se hacía llamar Chenchitho El Maravillozhoo.

Ese par de zánganos se miraron mutuamente, y entre risas dieron a relucir su incredulidad.

- Nel wey. Nos vamos de pinta. Weyes, ¿van a jalar a la peduqui de Guadalupe y Calvo? Es el viernes.

- A lo mejor. No lo sé.

- Vayan. No sean putos. Habrá demasiado piki, piki, piki, piki, piki⁴.

Ambos se fueron bailando la música que tenían dentro de sus cabezas. Saltaron el muro de la escuela sin aprietos y se desvanecieron de nuestra vista.

Dentro del salón de clases las cosas no eran muy diferentes. Aquello era un circo, un convento de salvajes que alivian su aburrimiento destrozando los pupitres, pintarrajeando las paredes con frases obscenas, dibujos de mal gusto. Los alumnos tenían el salón como un verdadero cuchitril. No

les importa tirar la basura al suelo. El piso permanecía pegajoso durante semanas.

Únicamente me limitaba a apreciar dicho entretenimiento. Llegaba y me sentaba hasta el fondo de la fila. Allí reflexionaba todo aquello que miraba, todo aquello que me causa malestar.

Un compañero, al cual apodamos como Grillo, se acercó sutil y con burlona sonrisa a una de nuestras compañeras que se llama Fanny. Llegó muy pícaramente, con las manos en la espalda. Entre sus dedos encapsulaba un pequeño frasco transparente, que desde mi pupitre no era claro distinguir el contenido de este.

- ¡Oye Fanny!- Dice Grillo.

- ¿Qué pasa grillito?

- Recuerdas que ayer te hablé sobre el pegamento que hago. Chécate esto- Entonces Grillo descubre lo que resguardaba entre sus palmas y se lo ofrece a Fanny como si le estuviese otorgando un tributo de rango divino, un codicioso atavío.

- ¡No inventes! - Fanny sostiene con ambas manos el frasco Gerber⁵ que grillo le dio, y lo contempla con singular asombro y curiosidad.

Fanny destellaba un asombro natural que sólo puede ser igualado a la curiosidad de un infante que va desenvolviéndose entre las tinieblas del mundo que le rodea.

- Entonces. ¿Esto es tu...?- Pregunta Fanny.- Pero ¡¿Cómo le haces para que quede así?!

Grillo suelta una sobresaliente carcajada. Sus claros ojos verdes observan a Fanny, y sin haber parado de reír, intenta responder a su pregunta.

- Verás. Cuando ya estoy a punto de venirme, apunto justo en el frasco que sujeto con la otra mano. Ya cuando está allí, sello el frasco y lo agito rápidamente de arriba para abajo. Y así, de repente, veo que se ha hecho una masa elástica, como pegamento blanco. ¿Nunca has visto semen?

Fanny se ríe. Su risa es inigualable. Se puede distinguir de entre tantas risas que vuelan por el salón. Su piel adoptó un tono rojizo escarlata, suave, y amable.

- ¡No! Ja, ja, ja. Jamás lo había visto.- Ahora, con mayor entusiasmo

se admiraba de aquella masa gris que sujetaba anonadada.

- ¿Quieres que te lo regale?
- ¡Ja, ja, ja! ¡¿Cómo crees?! ¡Qué asco!- Fanny le da un manotazo a Grillo.
- Bueno, está bien. Deja lo tiro entonces.

Grillo arrojó en el bote de basura su carismática gracia.

Reviso la hora en mi celular. Son las 12:35, y el profesor todavía no llega al salón. La clase empezó desde hace media hora.

Un pequeño bulto de varones comienza a aglomerarse en una de las esquinas del salón. Están jugando a golpearse los testículos.

Sólo veo expresiones de dolor, y la burla incontenible de los demás. En mi mente pienso "Definitivamente la escuela no es un sitio para gente inteligente". La escuela no es nada más que un circo, un desquiciado jolgorio. Es un recinto donde se hace homenaje a todo menos a la educación. Los alumnos son el eterno desdén hacia el saber, y las escuelas no se preocupan en formar eruditos ni sabios que realmente ayuden al país, sino que se enfocan en crear máquinas con título, que puedan cumplir los caprichos de los adinerados, robots que salen a buscar empleos para girar los aplastantes engranes de la economía.

Una estampida de alumnos entra corriendo al salón. Van a tropellando todo a su paso. Corren hasta sus pupitres y se sientan. Aquello sólo podía significar una cosa; el profesor ya viene caminando hacia el salón.

El profesor entra malhumorado. Se detiene a contemplar a la caterva de alumnos.

- Su pinche desmadre se escucha hasta la dirección. ¡Qué vergüenza! Ya están en prepa muchachos. Ya no son niños inmaduros de secundaria. Todos tienen un punto menos en el examen de la siguiente semana por escandalosos.

- ¡Ah! No se vale. – Exclaman en coro. Todos hacen muecas de desagrado.

El profesor se negó a dar más explicaciones de su dramática decisión. Simplemente cogió su gis y comenzó a escribir equívocamente sobre la pizarra.

Cuando terminaron las hastiadas clases fui directamente hacia mi casa. Tome un camión cuya ruta realiza paradas al filo de la calle donde vivo. Al

bajar del camión pude alcanzar a ver a un grupo de patrullas bloqueando el acceso de los transeúntes. Había una ambulancia estacionada a la mitad de la calle, los vecinos se dignaron a salir de sus madrigueras cuando escucharon el quebradoso sonido de las sirenas, y un titipuchal de curiosos impertinentes estorbaba e impedían el flujo de los servicios de emergencia.

Poco a poco fui acercándome a mi casa. Un oficial de la fuerza trató de impedirme el acceso a la eufórica calle, pero, pude excusarme diciendo que lamentablemente vivía aquí, lo cual es verdad. El gendarme no tuvo más remedio que dejarme pasar. Avancé un par de pasos cortos y le pregunté al oficial de policía qué había ocurrido.

- Es un caso de secuestro de menores. -Dijo con voz seca.

Al escuchar la crudeza de sus palabras quedé en shock. Ignoraba por completo que en mi propia calle, donde he vivido desde que nací, donde salía a jugar de pequeño, existían personas que se dedicaban a secuestrar menores de edad. Aquellas almas corrompidas eran prácticamente mis vecinos, que alguna vez debí haber saludado en la miscelánea o en la fila de la tortillería.

- Creemos que se dedicaban a traficar con órganos de niños.-
Remata diciendo el oficial.

Seguí caminando. El morbo ganó en la batalla contra la moral. No me detuve hasta llegar al lugar donde sucedían los hechos. Llegué justo en el preciso momento en que un equipo de paramédicos rescataba a un niño todo esquelético, no mayor de cinco años. Lo único que logré apreciar de todo lo que lamentaba el infante fue "mátenme por favor, mátenme".

Días posteriores supe cómo se dio el pitazo a los judiciales. Fue gracias a una joven pareja que vivía justo al lado del lugar de los crímenes.

En aquel lúgubre calabozo, palacio de la repugnancia, sobrevivían niños encerrados bajo llave en un funesto sótano. Las edades iban desde los dos años hasta los 10 años como máximo.

Mientras yo me encontraba haciendo mis apuestas en el colegio, un famélico niño de cinco años, llamado Javier, escucha atemorizado la conversación que mantienen sus secuestradores. Su corazón dejó de latir cuando escuchó a una de las voces decir "nos encargaron un nuevo pedido. Piden unas córneas de niño de tres años".

Las primeras imágenes que se cruzaron en la mente de aquel niño indefenso, fueron las de su hermana menor siendo asesinada. Ella cumplía con los requisitos requeridos por los secuestradores. Un profundo y enervado dolor se plantó en lo más puro, e íntimo de su tierna alma.

Javier ya había intentado escapar de aquel matadero, pero ninguno de sus ingeniosos planes dio resultados. Sabía que el huir ya no era una opción válida.

Mientras Grillo presumía de su gracia a Fanny en el salón de clases, uno de sus secuestradores bajó al sótano a torturar a los niños que no cesaban su lloriqueo.

Mientras mis compañeros se golpeaban las bolas por diversión en una de las esquinas del salón, Javier observó que su verdugo se descuidó y olvidó su pistola en el sótano.

Mientras mis compañeros y yo descendíamos las escaleras para asistir a la clase de educación física, Javier luchaba consigo mismo en un dilema que le atormentaría durante toda su vida. Javier quería impedir que su hermana continuara sufriendo. Quería evitar que aquellos hombres la tocaran, la torturaran y extrajeran sus bellos ojos de color marrón.

Mientras mis compañeros y yo regresábamos al salón para escuchar al aburrido profesor de matemáticas, Javier se acercó a su hermana de tres años. Como pudo cargó el arma y disparó contra ella. Sus manos temblorosas por el pánico casi impedían que el disparo fuera certero, pero no fue así.

Mientras el profesor hacía el pueril intento de explicar el tema de conjuntos, Javier introdujo la pistola dentro de su pequeña mandíbula, pero la pobre alma corrompida no se atrevió a apretar el gatillo nuevamente, entonces sus diminutas manos perdieron fuerza y dejó caer el arma al suelo.

Mientras yo observaba impacientemente el reloj, esperando a que dijera que la escuela al fin había finalizado, los vecinos se sobresaltaron al escuchar el nefasto sonido del disparo. Aquello los alertó. Durante un breve lapso dudaron en denunciar lo ocurrido. La joven pareja decidió telefonar a las autoridades, las cuales llegaron al lugar en donde se reportó el disparo. Mientras tanto, mis amigos y yo nos encendíamos un cigarro fuera de la escuela.

Cuando ascendí al camión que me llevaría hasta mi hogar, las autoridades penetraron en la casa y arrestaron a los hombres que se encargaban de vender los órganos de los niños.

Esa tarde, el cuerpo de policía salvó de la muerte a ocho niños, incluyendo a Javier, al cual encontraron sumamente perturbado, y con una débil voz, el niño salió diciendo que por favor le mataran, que ya no quería vivir.

Puedo imaginar a Javier regresando con su familia sin su hermana, forzado a explicar qué diantres pasó con ella. Recapitulando nuevamente

aquel infierno donde vivieron durante meses, extrayendo de su mente las inmundicias que lo traumatizarán de por vida. Si tan sólo el ser humano tuviese la capacidad de esfumar voluntariamente los malos recuerdos, aquellos que hieren y hacen del alma algo vil.

Ya cuando las cosas se calmaron en la colonia, el resto de la semana fue tranquilo. Había llegado por fin el viernes. Todos en mi escuela esperaron impacientemente la fiesta de Guadalupe y Calvo. La mayoría compró su boleto en preventa. Algunos alumnos se dedicaban a vender los boletos saliendo de las clases.

- Wey, compré boletos para Guadalupe y Calvo. ¡Vamos a empedarnos hermano! – Dice Ramiro, sacando de su mochila unos boletos que presume como trofeo.

- ¿Cómo planeas ir? – Le pregunté

- En la Picop6 de mi jefe7.

- ¡Ajá! Te la va a prestar. ¿Quiénes iríamos además?

- Sí bro8. Me va a hacer paro. Pues, compré boletos para mí, para ti, para Espino, para Emy, y para Alma.

- ¿Alma? Bro, ya deja de estar saliendo con niñas de secundaria. Tiene 13 años.

- Sí, ya sé. Pero no parece. La cabrona parece de 16. ¿Has visto sus...? No jodas, están hermosas, se la besaría todo el día. Ya no seas marica y vamos. Paso por ti a las 8.

Ramiro se apareció en la Pick up de su papá a las ocho con veinte minutos. Al parecer, era yo el último a quien recogían; ya todos los demás estaban a bordo del vehículo cuando pasaron por mí.

Emy y Espino compraron cinco cartones de Indio9. Ese par de fiesteros empezó a beber mucho antes de que nos mostráramos en la fiesta.

Alma iba sentada en el asiento del copiloto, junto a Ramiro. Aquella mujercita también iba bebiendo, pero en menor cantidad que nosotros.

- ¿Si has bebido antes verdad? – Le pregunté a Alma.

- Sí, un par de veces en casa de una amiga.

Entonces Emy, con actitud parrandera, le dice a Alma “pues hoy beberás

todo el alcohol posible. Aquí, nuestro amigo Ramiro te cuida, ¡salud!”.

Guadalupe y Calvo se encuentra a cuarenta y cinco minutos de nuestra pequeña Ciudad Renacimiento. Se supone que no debíamos tardar en llegar a la fiesta, pero surgió un imprevisto mientras cruzábamos por la carretera; la camioneta comenzó a fallar.

- No mames Ramiro. – Dice Espino -¿Qué le pasa a tu tartana?
- Wey no sé. Voy a detenerme. Hay que checar que pedo con esto.
- No jodas Rami. No te pares aquí. Acércate un poco más a la fiesta.
- Wey, escucha ese ruido. No creo que llegemos a la fiesta así.

Recuerdo que Ramiro se orilló a la mitad de la nada, no había luces en la carretera, ni señales de vida en la cercanía. Al detenerse bajamos Ramiro, Alma y yo. Andábamos rodeados por los matorrales, cubiertos por la brumosa y espesa noche. La bóveda celeste no pintó estrellas en su firmamento esta ocasión.

- Pues, no queda de otra más que ir a pie. – Dice Emy, que seguía bebiendo dentro de la camioneta.
- Estás pendejo si crees que dejaré la troca10 de mi jefe aquí. No mames, me corta las bolas. ¿Ustedes tienen señal?

Con crédula esperanza revisamos nuestros celulares. Nuestra mala suerte sí que era trágica. Ninguno tenía señal ni datos disponibles. Nuestra malaventura se desplomaba, y los escombros estaban a punto de sepultarnos.

- Acompáñenme a buscar ayuda. – Dice Ramiro. - Debemos encontrar algún modo de solucionar este lío.

Caminamos hacia unas casas de adobe que parecían haber sido construidas, entre las sombras, para que nadie las perturbase, para que nadie las encuentre ni por accidente.

Recorrimos gran parte de ese páramo con sosiego. Hasta Emy caminaba callado. Era raro ver que no estuviese diciendo chistes o haciendo bromas con su peculiar personalidad.

Alma se resguardaba bajo los morenos brazos de Ramiro. Había creado una pequeña fortaleza en el calor que emana sobre ella, y obvio que Ramiro, de igual forma, se sentía a salvo al compartir su cariño, su amor; que cientos de veces fue fragmentado, humillado y revolcado por mujeres

de la noche libre.

Siendo franco, Ramiro me causa cierta tristeza, una especie de melancolía. Su figura, su ser, todo lo que es él y lo que radia me causan lástima. Un inmenso cordojo siento sobre su familia, sobre las personas que él estima, que quiere honesta y profundamente.

Desde el fatídico día que murió la chica Esmeralda, Ramiro no ha dejado de lastimarse. Afirma diciendo, con demoniaca voz, que fue su culpa, que él es el único responsable de su muerte.

La noche que murió Esmeralda, Ramiro fue a visitarme a mi casa. Parecía desvalido; llegó muy exaltado, con la tez pálida, con un tenso nudo en la garganta que le impedía respirar. Me abrazó con ambos brazos. Se aferró a mí como un chiquillo asustadizo que implora consolación, y actuando como un buen amigo, velé sus lágrimas que regaba como Magdalena. Me confesó que tenía miedo. Quería sanar sus heridas, purificar su alma.

- Tengo reservado un lugar en el infierno. Yo lo sé. Merezco chamuscarme en las llamas del averno. No soy digno del perdón de Dios, sé que me odia, sé que Dios me repugna, me detesta. Para él no soy más que un insecto, una asquerosa cucaracha que se revuelca en la inmundicia, en lo más aberrante, nadando en excremento. Si no hubiese querido pasarme de inteligente con los pinches narcos, Esmeralda seguiría con vida. ¿Qué esperaba? Para ellos no soy más que un mugroso chapulín. Creí, en verdad creí, que podría hacer lo que yo quisiera. -Ramiro dejó escapar un gran suspiro. Agachó su cabeza, y comenzó a rezar. Después de un minuto volvió a verme y me dijo – Tú si eres un buen amigo. Siempre has estado presente en todo, desde que aprendimos a caminar. Lamento mucho tenerte en esta situación. En teoría, todo aquel que rodeé mi mundo está en peligro.

Ahora veo a Ramiro caminando felizmente junto a Alma. Siento que quiere purgar su malestar cuidando bien de ella.

Seguimos avanzando por el desolado paisaje, hasta que, de la nada, un hombre harapiento con aliento alcohólico salió de entre uno de los matorrales. No habíamos visto que en aquel matorral había alzado su escambroso refugio.

La extraña figura del hombre borracho, entremezclado con la ambigüedad de la negruzca noche, inundó mi mente con una amarga inseguridad. Tenía un mal presentimiento, podía sentirlo en los salvajes escalofríos de mi cuerpo.

El hombre extrajo de su morral un viejo revolver, demasiado gastado,

como si fuese a desarmarse a la primer descarga.

Todos retrocedimos un paso excepto Alma, quien caminó hacia el hombre con la esperanza de apaciguar su cólera.

- No se precipite señor. Si lo que quiere es dinero o nuestros celulares se los damos sin problema.

Entonces recuerdo como mis pupilas se dilataron cuando el hombre disparó contra Alma. Recuerdo como su cuerpo caía tendido sobre el suelo, y como su sangre se regaba a su alrededor.

Huimos despavoridos, descoloridos por la impactante escena de asesinato. Corrimos hacia todas direcciones y nos separamos por entre las zarzas.

Mi corazón palpitaba desenfrenado. La presión sanguínea comenzó a marearme. Me encontraba a salvo ahora, cubriéndome tras una pila de grandes rocas, y sin embargo, la náusea que me invadía me provocaba un desequilibrado malestar. Me quité la camisa buscando heridas de bala, y aunque no había recibido disparo alguno, mi mente me hacía alucinar que me desangraba.

Aguardé allí, en esa hilera de piedras durante casi una hora. Sabía que no podía irme sin antes verificar la salud y el bienestar de mis amigos, que lamentablemente ignoraba por completo si seguían vivos o no.

Cautelosamente regresé a donde habíamos abandonado el cadáver de Alma. La oscura madrugada, que parecía jamás fenecer, me impedía apreciar el camino con gran claridad. No alcanzaba a distinguir las sombras que me rodeaban. Me sentía como una presa indefensa que inútilmente se aleja del acechamiento de las fieras salvajes.

Fui el primero en hallar el frío cuerpo de Alma. Poco a poco los demás fueron acercándose hacia su descolorido ser. Juntos la velamos hasta que nos aclaró el amanecer.

El homicida desapareció, la tierra se tragó sus pertenencias y todo rastro de él. Era obvio que no regresaría a confirmar su malhadado homicidio.

- ¿Qué te pasó en el ojo?- Me pregunta Ramiro.

- ¿Qué tengo o qué?

Ramiro se acerca y checa detenidamente mi ojo izquierdo.

- No mames, te dio un derrame. ¿Te sientes bien? Se me hace que

se te subió la presión, chale, no te vayas a desmallar aquí cabrón.

Persistimos incontables horas hasta que, como si fuese un milagro, un viejo hombre carcamal, conductor de un mísero camión de puercos, nos ayudó a alejarnos de aquel despreciable yermo.

Capítulo 6

III

El Suicidio

Ramiro se aprisionó dentro de su modesta habitación.

Estando allí encerrado, se dispuso a examinar los juicios que su mente realizaba sin cesar. Las opciones a las que llegaba le incitaban a ponerle fin a su corta existencia.

- La vida no vale nada. –Hablaba consigo mismo. –La vida no vale nada si se está jodido.

Sentía profundas provocaciones de quitarse la vida. Sobre su cama tenía preparada una escuadra calibre 25. Caminaba en círculos, se sentaba y se levantaba una y otra vez, lo meditaba cuantas veces fuese necesario. Se recostaba sobre su tieso colchón y de inmediato recordaba la linda sonrisa de Alma. La misma trágica historia se repitió. Lo mismo que sucedió con la chica Esmeralda pasó con Alma.

- Estoy maldito. - Se decía entre dientes.

Cuando conoció a la chica Esmeralda, Ramiro cayó redondito por las puntiagudas flechas de Cupido.

Su relación no era una de esas que empezaron con un cordial saludo. No iniciaron con un gustoso "hola" ni mucho menos con un "mucho gusto ¿cómo te llamas? ¿Qué haces?".

Meses antes de que Ramiro se colara entre las filas de la muerte del narcomenudeo, trabajaba como ayudante de enfermería en el único hospital que hay por la zona.

Antes Ramiro expresaba una exagerada pasión por brindar apoyo a la gente necesitada, gente a la cual le urgía auxilio médico. Se sentía a gusto, contento de poder prestar su persona a un digno servicio.

Fue en aquel hospital donde Esmeralda y Ramiro se habrían de conocer.

Esmeralda ingresó al hospital a la temprana edad de catorce años para poder dar a luz. Es deprimente contar esta historia, pero ella fue víctima

de una violación; y a pesar de que quedó preñada de su violador, no se sintió capaz de abortar al bebé que engendraba su vientre.

Esmeralda fue criada como una devota católica guadalupana, pero todas esas ideas religiosas no eran la razón por la cual se negaba a abortar el producto de su vientre, sino que, simplemente, sentía que no poseía el valor, ni la fuerza suficiente para saber que estaba privando de la vida a un ser inocente, condenándolo por su mala suerte.

Sus parientes la llevaron a urgencias. "Pronto llegará mi bendición" se decía a sí misma cuando ingresó al quirófano.

Ramiro se encargó de atenderla en su estancia por el hospital. Iba todos los días a ver qué se le ofrecía, a darle sus medicamentos, a subirle y retirarle las viandas que comía. Su noble atención capturó el interés de Esmeralda.

- Eres muy gentil conmigo. – Le decía Esmeralda a Ramiro.

Aún se hallaba delicada por la fatigosa labor de parto. Los doctores le dijeron que tenía que recuperarse notablemente antes de poder partir.

- Bueno... es mi trabajo. Me gusta poder ayudar en lo que puedo. Me llamo Ramiro.

- Lo sé. Bueno... lo leí en tu gafete. Yo soy Esmeralda.

- ¿Y dónde está el padre? No lo he visto por aquí.

- Digamos que...- Esmeralda suelta una aspiración. – Podría decirse que estás viendo a la madre y al padre al mismo tiempo.

- ¡Oh! Cielos... Entiendo. Lo siento. Espero no haber ofendido.

- No, para nada. Supongo que deberé acostumbrarme.

- ¿Acostumbrarte a qué? ¿A criar sola a tu hijo? No se me hace justo. Será complicado.

- No estoy sola. Mi madre me ayudará. También mis hermanos podrán ayudar en algo. No son tan inútiles los idiotas esos ja, ja, ja. Aunque viven hasta México.

- Escucha. Ten esto. – Ramiro extrae de su cartera una tarjeta personal. – Si necesitas ayuda, cualquier cosa de atención médica, no dudes en llamarme. Puedes mandarme un Whats1 si mejor te place.

Esmeralda se sonrojó y agradeció con afecto su tierna cordialidad.

Pasó un mes desde que Esmeralda salió del hospital. Fue entonces cuando Ramiro recibió en su celular un simpático Whats de un número desconocido. Al ver de quién se traba, reconoció en la foto de perfil aquella niña que ahora era madre. Dicho mensaje decía lo siguiente:

“Hola! Cómo estás? Soy Esmeralda, la chica a quien le diste tu tarjeta... bueno, quizá no sea la única a quien le diste tu tarjeta, jajajaja. Oye crees que puedas venir a visitarme? Tengo algunas dudas respecto a cómo criar bien a mi bebé”.

Ramiro contestó inmediatamente el mensaje, accediendo a ir a visitarla. En cierto modo, le daba pena el haberse enamorado de una de sus pacientes. Pero Ramiro era muy profesional. Iba mentalizado con la idea de brindar su servicio de enfermería. No quería atender algo más allá de su oficio.

La chica le mandó su ubicación y Ramiro acordó en pasar a verla después del trabajo, después del ocaso.

Llegó a un departamento simple, nada estético. Tocó el timbre y le recibió la madre de Esmeralda. Ramiro saludó gentilmente, de beso en la mejilla. Al penetrar al departamento donde fue invitado, observó detenidamente la escasa decoración. No había más que un solo retrato colgado en la pared. Era una fotografía amplia de la madre y el padre de Esmeralda celebrando el día de su boda. Ramiro no era fan de los himeneos, pero tampoco quería decir que era un huraño iconoclasta que estaba en contra de aquellas tradiciones. Los muros del pasillo que conducían a las recámaras le recordaban los muros del hospital. Estaban pintadas de un blanco perla puro, muy limpio. Se sentía de nuevo en su lugar de trabajo.

Entró en una de las habitaciones, contigua al baño de visitas. Al perturbar en la habitación con su esperada presencia, observó a Esmeralda recostada sobre sus sábanas, jugando amablemente con su pequeño hijo.

Se veía tan bien ese día. Arreglada y maquillada hermosamente. Ramiro se enamoró de ella desde el primer momento en que la vio. La visualizó como toda una reina, como una mujer de sobresaliente belleza.

Con sencilla timidez se acercó y saludó a Esmeralda y al infante.

- Ven. Siéntate en la cama. No hay problema.- Dijo Esmeralda.

- Veo que ya estás mejor; y tu bebé. Por Cristo, está hermoso. En fin ¿cómo se llama este campeón?

- Se llama Rodolfo. Es todo un galán.- Dice Esmeralda mientras desliza tiernamente su mano sobre la cabecita de su bebé. –Los doctores me dicen que sólo lo alimente ciertas horas, pero lo veo y siento que está desnutrido. Me dan ganas de alimentarlo todo el día.

- Bueno, no lo acostumbres a comer tanto. Si no este galán estará obeso, ja, ja, ja.

- Sí, tienes razón.

El silencio que ambientaba la habitación no era para nada incómodo. Era un silencio en donde las miradas hablan, donde se confiesan todos los deseos que arden como fuego en sus pechos.

- Y ¿qué planeas hacer? ¿Cómo mantendrás a Rodolfo?- Pregunta Ramiro.

- Mi madre lo cuida mientras trabajo.

- ¿Dejaste la escuela?

- Es complicado. No se puede criar a un bebé e ir a la escuela. No cuando tienes 15 años... bueno, 14. Cumpliré los quince en 20 días.

- No pareces de 15. – El adusto rostro de Ramiro se puso colorado.

- ¿De cuántos me veo?

- Como si tuvieras unos 17 años.

- ¿Tan vieja me veo? Ja, ja, ja.

Ambos comenzaron a reírse. La risa de Esmeralda era de un tono melifluido, una relajante pieza musical que calma a las bestias que duermen en el interior de las personas.

Ramiro se encariñó de Rodolfo. Siempre hacía una rápida escala en la juguetería antes de llegar al cálido hogar de donde ya se sentía parte. Convivía con Rodolfo, enseñándole a hablar y a caminar.

En sus días libres, al salir de la preparatoria, paseaba a Rodolfo en su carrito por el parque. Llegaba entre las tres y tres y media por él.

- Hola señora, ¿cómo se encuentra el día de hoy? – Saluda Ramiro a la madre de Esmeralda.

- ¡Hola Ramiro! Pues ahí más o menos. Los dolores de mi espalda

siguen afectándome.

- ¿Ya tomó las pastillas que le recomendé?
- Fíjate que sí, pero aun así no me alivia los síntomas. Siento como si me enterraran clavos por toda la espalda.
- Pues dígame qué día está desocupada y le agendo una cita en el hospital.
- Dios te bendiga Ramiro. Eres muy amable. Muy pocos hombres son como tú.

La señora había puesto a calentar tantita agua.

- Toma asiento, ponte cómodo. ¿Gustas un poco de té?
- Que sea té verde por favor.

La señora madre tomó asiento frente a Ramiro. Ambos esperaban a que el agua hirviera.

- ¿Cómo está Rodolfo?
- Está bien. Esta dormidito en su cunero. – La señora contempla a Ramiro con ojos apaciguados. – Me recuerdas a mi marido. Él era igualito a ti. Muy cortés, muy tierno. Siempre intentado hacer de este mundo un lugar mejor.

Ramiro no se atrevió a preguntar sobre él, pero la señora parecía que quería confesar sus penas.

- Mi marido desapareció hace más de un año. El primer día que desapareció fui al ministerio público para que pudieran ayudarme, y lo que me dijeron fue que necesitaban pasar más días para iniciar una averiguación. Dicen que mi marido está ausente, no desaparecido. Yo no entiendo esas cosas, sólo sé que mi esposo ya no está con nosotros. Disculpa si me pongo muy sentimental... es sólo que... -La señora empezó a llorar, y en su lloriqueo le acompañaba el agudo chillido de la cafetera.

Las visitas al apartamento de Esmeralda fueron cada vez más frecuentes. Sin haberlo planeado nació una relación amorosa entre ambos.

- Le acabo de dar 1500 pesos a tu madre para que pueda comprar pañales, comida o para cualquier cosa que haga falta.- Ramiro guardó un minuto de silencio. - Quería decirte una cosa; quiero que regreses a la

escuela.

- ¿Cómo le haces para trabajar y asistir a la prepa? No creo soportar el estrés.
- Es necesario que vuelvas a los libros, a los estudios. Por lo menos que concluyas la secundaria.
- No resistiré estar sola en esto.
- No estás sola. Yo estoy contigo.

Por la mejilla de Esmeralda resbalaban lágrimas de alegría. Se acercó a Ramiro y lo besó en aquellos labios gruesos.

Ramiro fusionó sus pesadas manos sobre el esbelto cuerpo de Esmeralda. Relucía su tosca piel ante las anonadantes pupilas de la mujer que le acariciaba.

Esmeralda cubrió con sus manos su rostro por un segundo. Sentía que su cara era horrible, que se veía mal. Entonces Ramiro agarró amorosamente sus manos y las colocó sobre el colchón, y al verla directamente a los ojos le dijo susurrando: "eres hermosa, que no te de pena demostrarlo. Mi vida, eres preciosa".

Ramiro la adornó de besos por todo su cuello. Hacía llegar con suavidad sus toscos labios hasta el dócil y delicado busto de Esmeralda.

Ella, al sentir las apasionantes caricias de Ramiro, no pudo evitar ocultar su pecho con sus manos. De nuevo Ramiro penetró su mirada en el ser su amada, y quitándole sus apiñonadas manos del pecho le volvió a decir: "Cariño, amor, te amo así tal cual eres. Que no te de vergüenza demostrar lo preciosa que eres".

Fue así como los dos fundieron sus almas en una sola. El amor con que lo hicieron los hacía sentir más fuertes, capaces de vencer el miedo que los abrumaba. Miedo a sentirse solos, miedo al olvido, a la necesidad, miedo a la muerte.

- ¿Prometes que no te irás? No creo que mi corazón resista otra decepción.
- Te juro por mi vida que siempre estaré aquí.

La noche llegó a su cenit cuando Ramiro declaró su amor sincero a Esmeralda, regalándole un valioso anillo de plata con un deslumbrante

diamante encima.

- ¡Amor, me encanta! ¡Wow! No sé qué decir. Me haces sentir tan feliz.

- Era de mi abuela. ¡Casémonos!

Los ojos de Esmeralda se pusieron cristalinos, y su sonrisa pintó un inefable bienestar.

- Cielo, ¿crees que estamos listos? No me mal intérpretes, digo; por supuesto que me quiero casar contigo pero...

- Si es por dinero tu preocupación no te preocupes. –Esmeralda miró a Ramiro con singular extrañeza.

- Pero además de eso, ni siquiera podemos casarnos, no tenemos la edad, y no creo que nuestros familiares lo acepten.

- Que sea un secreto. Sólo tú y yo lo sabremos.

Esmeralda le pidió a Ramiro que pasara la noche con ella. Ramiro acarició la mejilla de su musa y le confesó que le era complicado quedarse esta noche. Se despidió y le recordó que no le dijese a nadie sobre el matrimonio, y que además, debía ocultar el anillo donde sólo ella supiera.

Ramiro salió de la casa de su amada a las once de la noche. Mientras se alejaba por la desolada cuadra desvió su mirada al balcón de la preciosa Esmeralda, y contempló que ella le miraba, que lo cuidaba desde las alturas, pidiéndole a Dios que lo cuidara en el oscuro trayecto.

Estando ya varias cuadras adelante, su celular sonó tras recibir la notificación de un nuevo mensaje de texto. Al abrir el mensaje leyó lo siguiente: "k paso putita, t veo ala media noche en san Felipe. No te vallas a rajar loco. Recuerda qe aki somos capaces de todo".

El origen de aquel ambiguo mensaje provenía de un amigo de Ramiro llamado Wisin Yandel, un pobre chico inmaduro de 16 años que fue reclutado por el narcotráfico.

Ramiro estaba a punto de perder los estribos debido a su carente situación económica. De buena fe, aceptó cuidar a Esmeralda y a Rodolfo, pero sabía que su sueldo no bastaba para que los tres pudieran sobresalir. Quería conseguir dinero, mucho dinero, rápido y sencillo. Pensó que su amigo podría ayudarle a conseguir el tan codiciado dinero que necesitaba.

Cuando Ramiro llegó al municipio de San Felipe encendió un cigarro para calmar su agitación y la tensión de los músculos de su rostro. Miraba la

hora; "Ya tardó 15 minutos "pensaba.

En lo que su cigarro se consumía, su amigo salió por entre los arbustos que rodean el empobrecido valle de la muerte.

- Apaga esa chingadera y vámonos. – Habló Wisin Yandel con un excedente de bilis amarilla.

Se encaminaron rumbo a una pequeña granja que resaltaba desde lo alto de una colina calva. Por el escabroso sendero, una hilera de antorchas flameaban las llamas del infierno. La funesta luz que emana de ellas los guiaba como moscas atraídas a un irresistible encanto, y a un inevitable final.

- Espero que tengas hambre puñetas. Ja, ja, ja. –se carcajeaba Wisin Yandel. Su risa era horrisona, horripilante para el gusto de cualquiera.

- ¿Qué es tan divertido?

- Nada. Sólo espero que te gusten las cenas².

- ¿Cenas?

- Sí, así es, cenas. Ja, ja, ja. A estas reuniones las llamamos como "cenas". Es todo un festín. Allí probarás que eres digno de ser parte de la organización.

- ¿Y si no qué?

- Pues... digamos que te veré en la siguiente cena servido en un plato.

Casi llegando al punto donde se reúnen los sicarios para dar inicio a "la cena", antes de entrar al recinto de los criminales, Wisin Yandel se detuvo frente a una pequeña capilla que rinde culto a la Santa Muerte y a Jesús Malverde³, el famoso bandido de cabello negro y ojos azabache que asaltaba por los montes de Sinaloa.

- Mira loco, le pediré a mi querida niña blanca⁴ que te cuide. Esta plegaria va para ti: "Por la virtudes que Dios te dio, te pido, que libres de todo mal, peligro y enfermedad a Ramiro, y que en cambio le otorgues suerte, salud, felicidad y bienestar. Que le des amigos y lo alejes de los enemigos. También te pido que lo bendigas con amor. Te pido por favor concédeme las bendiciones que deseo de corazón, para que pueda encontrar el amor, la paz y la felicidad que tanto anhela en su vida.

Amén”.

Al llegar al recinto, Wisin Yandel se quedó afuera esperando, charlando con otros sicarios. Únicamente tenían que pasar los futuros posibles miembros del cártel.

Ramiro compartía habitación junto con otros 5 varones que querían formar parte del narcotráfico. Se encontraban en una habitación parcialmente oscura, alumbrada por el fuego de las antorchas.

Por cada uno de los aspirantes había un bulto cubierto de plástico negro, colgados desde el techo astillado. Gemidos y extraños sonidos hacían dichos bultos que se agitaban como péndulo.

Ninguno de los participantes era idiota. Todos estaban conscientes de los bultos que se retorcían frente a sus pupilas. Sabían que dentro de las bolsas negras había hombres vivos, colgados de los pies. No existen palabras para describir el perturbador bramido de los colgados que se torcían y daban vueltas en el aire.

Todos aguardaban en silencio hasta recibir instrucciones. Una enorme puerta de madera astillada se abrió, y cinco capos entraron cargando objetos punzo contantes. Gran variedad de armas afiladas colocaban sobre una mesa que pusieron frente a nosotros. Cuchillos, dagas, picahielos, machetes, navajas, todo un buffet para nuestra elección y deleite.

Una vez que las armas inmoladoras estaban puestas sobre la mesa, uno de los cinco capos se acercó a nosotros y nos empezó a hablar.

- ¿Creen tener los huevos para estar aquí? Que se les meta esto es sus pinches cabezas: ¡Aquí somos capaces de todo! Detectaremos sus debilidades, consideraremos todo aquello que les pueda impedir realizar con éxito su trabajo como sicarios. Dejarán atrás todos sus límites, todos sus escrúpulos que lleguen a estorbar en los objetivos del cártel. En la mesa frente a ustedes hallarán herramientas, y frente a esas herramientas podrán observar a unos pobres infelices que cuelgan.

Queremos que utilicen dichas herramientas para extirpar el corazón de aquellos pendejos que están colgados. Desmiémbrenlos sin piedad, y ya después de haber obtenido su corazón, lo que queremos que hagan con él es que se lo coman.

- ¡Deben estar bromeando! –Grita asustado uno de los chicos que estaba formado. El sicario, estando alterado, agarra uno de los cuchillos que estaban puestos sobre la mesa, y violentamente se acerca al chico que se atrevió a dirigirles la palabra.

- O es él o eres tú pendejito maricón. No hay vuelta atrás; así que ya sabes, o lo haces, o te cortamos las bolas puñetas.

El sicario no dejaba de observar al chico, y luego, alzando la voz, ordenó a sus compañeros que lo sujetasen y que lo tendieran sobre la mesa. Como hombres sin voluntad acataron la orden sin cuestionamientos. Amordazaron al chico y lo sujetaron fuertemente sobre la masa. Los hombres inmovilizaban sus extremidades, y aunque el chico se zangoloteaba para poder liberarse, era imposible que pudiese librarse de las manos de los sicarios. El capo líder se acercó al chico y luego exclamó:

- Esto son los obstáculos que debemos eliminar. Nunca olviden esto; ¡Somos capaces de todo!

Sin demostrar misericordia, hundió el cuchillo en el abdomen del infortunado muchacho, y lo fue deslizando hasta el escroto. Después el sicario, comportándose como todo un maniático, aferró sus dedos en las cortadas del muchacho, y comenzó a arrancarle la piel, despedazándolo con sus uñas, mutilándolo por dentro.

El hombre vulgar siente placer con el descomunal dolor de su víctima.

No me gusta creer que la vida está hecha de sufrimientos, pero con hechos como éste, comienzo a considerarlo. Como un destello deslumbrante, llega a mi memoria una frase que leí hace algunos años: "Si Dios no existe, todo está permitido" El hombre se hace responsable mediante la libertad que tiene para realizar sus actos, sin un Dios que se lo impida.

Los sicarios retiraron el cuerpo ya sin vida del joven hombre, y luego se apartaron para que nosotros continuáramos con el mortuorio espectáculo.

Mis manos temblorosas, inquietas por un pavor indescriptible, sujetaron el mango del puñal más oxidado y poco afilado que lucía sobre la mesa. Con reflejante inseguridad me acerqué al hombre que yacía envuelto y colgado frente a mí. El tan sólo recordar cómo se retorció, los espasmos y los gritos sobrehumanos despavoridos que bramaba cuando la faca se hundía dentro de su pellejo, me siguen erizando la piel, me sigue congelando la sangre que palpita mi ennegrecido corazón. Su sangre caía al suelo cual cascada. Desgarraba los trozos de carne, como si se tratase de cualquier animal ordinario, y los aventaba lejos, lo más lejos posible. Hendí su pecho hasta que mis manos pudiesen penetrarlo sin dificultades. Enterré mis ensangrentadas yemas, y alejando la mirada de su cuerpo, husmeé hasta que pude sentir su paralizado corazón. Clavé mis dedos como si fuesen tajantes garras, y haciendo uso de todas mis fuerzas, arranqué

ferozmente su entraña, despedazando su caja torácica.

Expulsé del rincón más oscuro de mi penosa alma, un perturbador rugido que retumbó en todo el recinto, y vorazmente, con el espíritu de conciencia derrotado, ingería el crudo corazón, metamorfoseándome en un glotón polífago antropofágico.

Volteaba a mí alrededor, y los demás candidatos caían rendidos por las náuseas. De momento les era imposible no vomitar, pero los sicarios seguían repitiendo lo mismo; "somos capaces de todo" y golpeaban con un mazo en las espaldas a quien se atrevieran a volver a vomitar.

- ¿Acaso no son hombres? ¡Hombres capaces de todo! – Gritoneaba uno de los sicarios. -Deberían saber lo afortunados que son. Ustedes están aquí voluntariamente, y no los obligamos a hacer lo que hacen los que no son voluntarios. – Y su discurso acabó con un espectacular aplauso por parte de los demás.

La inhumana tarea que nos obligaron a hacer concluyó cuando a cada uno de nosotros le dieron 5000 pesos en efectivo.

- ¡Son chingones! ¡Muy chingonsísimos! Ahora son capaces de hacerlo todo. No queremos rajones aquí, así que si se rajan, la única salida que conocerán será la del plomo en sus sesos, ¡entienden! Tampoco queremos que denuncien lo que pasó esta noche, así que para evitarlo, pusimos cámaras en el lugar, y está grabado todo lo que ustedes hicieron. Abren la boca de más, y los perros de la fiscalía tendrán el video con sus rostros en él. Ahora; limpien este lugar.

- ¿Y dónde echamos los cuerpos? –Pregunta uno de los nuevos miembros.

El sicario nos miró con ojos ardientes como el fuego, y luego nos dijo: "sean creativos", y se marchó, adentrándose en la brumosa noche.

A unos cuantos kilómetros de San Felipe cavamos una fosa para ocultar los desmembrados cuerpos. <Con este dinerito podré ayudar a Esmeralda y a su hijo> era lo único en lo que pensaba.

Ramiro no tuvo la valentía de apretar el gatillo de su arma cuando intentó suicidarse. Ni la muerte de la chica Esmeralda, ni la muerte de la chica Alma le motivaban para quitarse la vida, así que, ya con la mente despejada, guardó la fusca, y se preparó para dormir.

Ramiro ya estaba tapado entre sus cobijas, cuando de repente, el

alterante sonido de su teléfono lo despertó.

.

Capítulo 7

IV

Peter (CDMX)

Tres años han pasado desde que mi familia y yo abandonamos la Ciudad Renacimiento, y nos mudamos a la desorbitante capital de la república mexicana. Es increíble pensar que tres años han pasado desde que mi padre y mi amigo Ramiro fallecieron.

La espesura de los grandes edificios, las calles de asfalto congestionadas de detonantes automóviles, y las banquetas repletas de capitalinos que siempre caminan cabizbajos. Me es gracioso observar que, cuando las miradas de los ciudadanos chocan entre ellas, pareciera que no quieren ser observados. Se esconden desviando rápidamente la mirada, y se resguardan dentro de sus teléfonos celulares; inclusive, los intelectuales que pululan en el transporte público, prefieren viajar en otra realidad dentro de los libros que incómodamente van leyendo. Parece que les disgusta contemplar la realidad que les rodea, prefieren no hablar ni entender a las personas con quienes están obligados a compartir esta monstruosa capital.

Donde ahora vivimos me parece un lugar demasiado extraño. Vivo en una calle llamada Peñón, esquina con Santa Lucía, no muy lejos del famoso centro histórico de la ciudad.

Contadas amistades hice cuando llegué a la unidad habitacional. Entre esas nuevas amistades había una carismática mujer, a quien aprecié casi instantáneamente. Su nombre; Jazmín. No éramos vecinos de edificio, pero vivíamos en la misma zona departamental.

Jazmín, era de un ondulante cabello negro, tan oscuro como el cosmos infinito, y sus ojos eran del mismo tono, profundos como el abisal océano, extenuantemente incomprensibles. Su mente era un cofre que vislumbra un encantador arcano. Era placentero platicar con ella. Siempre me sacaba una inocente risa, y siempre me inspiraba a escribir sobre su maravillosa persona.

Su belleza titilaba ante mis anonadantes retinas, y con encantadora euforia estremecía mi alma, haciéndola bailar, sacudiéndola y desempolvándola de viejas rupturas amorosas.

Sin vergüenzas puedo cantarle al mundo sobre lo perdidamente enamorado que estoy de Jazmín. Muchos me cuestionan sobre si

realmente brotó en mí un sincero amor, y es que esa duda, que pudiese ser contestada fácilmente, proviene de un "defecto", por así llamarlo, que posee Jazmín, la mujer a quien le he dedicado toda mi poesía. Jazmín perdió una de sus extremidades hace dos años; su pierna derecha para ser exactos.

Por supuesto que la amo, eso no es cuestionable. No me importa que el mundo no considere a su cuerpo como algo perfecto, porque en mi mundo, su cuerpo es la más perfecta construcción, una majestuosa arquitectura que entusiasma a los divinos ojos de Dios.

Esa mujer desató los vendajes que apretaban mi cuerpo, y que ocultaban un dolor ficticio, heridas que jamás tuve, pero que sentía que tenía.

La primera vez que la vi, ocurrió en un caluroso día de invierno, en las afueras de la estación del metro Bellas Artes¹.

La vi salir del subterráneo y encaminarse hacia la Alameda Central².

Caminó y se sentó en una de las bancas, con la mirada absorbida en el paisaje, en los niños que jugaban dentro de la fuente de agua, y en sus familias que tomaban fotografías; en las parejitas que paseaban tomados de las manos, y en el canto de los pájaros que yacen en las copas de los árboles.

Ella no se percató en ningún momento de mi presencia, a pesar de que me encontraba sentado, de tal manera, que podía verla directamente, sin obstáculos ni cortinas que la ocultasen.

Todo el tiempo que anduve sentado no dejaba de pensar en que debía atreverme a hablarle. Mi mente fabricaba ideas para poder llegar, y empezar una ingeniosa conversación. "Santo Dios, que difícil es hablarle a una chica", pensaba.

Miles de ideas daban vueltas en mi cabeza, tintineando como pequeñas campanitas, pero irritantes como taladros perforando.

Podría decirse que, de cierta manera, sí me preocupa la opinión de los demás, el "qué dirán" de mí. Quizá a las mujeres no les gusta que un desconocido las pretenda en la calle. ¿Cuáles son las probabilidades de que una mujer realmente te haga caso así nada más? ¿Y qué influye realmente al momento de pretenderlas? ¿Es el dinero, la ropa, la actitud, la formalidad, las palabras sofisticadas? ¿iQué demonios es!?

No puedo apagar mi cerebro y simplemente dirigirme hacia ella. Mis amigos me dirían que me faltan huevos³ para hacerlo, pero la verdad es

que me es muy complicado.

Observo cómo enreda su perfecto cabello entre sus tiernos dedos, y me encallo en sus brillantes pupilas que me tienen hipnotizado.

Esta fue la primera vez que la vi, y aunque suene increíble, no me atreví a levantarme de la banca y hablarle. No tuve la valentía de conocerla esa primera ocasión. Vi cómo agarró su bolsa y se fue a mezclar entre las personas, perdiéndose entre la multitud, y alejándose de mi vista.

Capítulo 8

V

¡Me recordaba a ella! Es por eso que intenté matarlo.

Cuando Ramiro alzó la bocina de su teléfono no alcanzó a distinguir la voz de quien le hablaba. Sólo escuchaba un llanto desesperado, una escalofriante pena que vociferaba tras la línea. Ramiro, con el corazón agitado, se paró de la cama e intentó comprender el ruido de la estática que con espanto escuchaba.

- ¡Bueno! ¡Bueno! –Decía Ramiro en un tono de tremenda preocupación.

Nadie respondía. El crudo llanto parecía estar cada vez más lejos, como si la persona que marcó hubiese dejado la bocina descolgada, y se fuese alejando de ella. Y de repente, todo el miedo del mundo, toda la agonía y la desesperanza hicieron presencia cuando Ramiro logró descifrar, entre tanta confusión, un lloriqueo más agudo, como el que hace un infante. Su cuerpo quedó perplejo unos segundos, luego cogió beduinamente el teléfono y lo estrelló contra la pared de su recámara.

El escándalo despertó a la madre de Ramiro, la cual salió de su habitación.

- ¡¿Qué ha sido eso?! –Pregunta la madre, sujetando un antiguo rosario.

Ramiro no perdió tiempo ni se molestó en contestarle a su preocupada madre. Agarró su chamarra, y consigo llevó también el arma que guardaba entre sus ropas. Corrió con todas sus energías hasta el departamento donde vivía Esmeralda.

¡Qué putas pinches mierdas acaba de pasar! Pensaba entre sus mientes que le atormentaban conforme iba acercándose. Una desquiciada migraña apuñalaba a su cerebro. Las luces de la calle desfiguraban los cuerpos que la oscuridad protege. Parecen demonios, espectros persiguiéndole por el sendero, asechándolo como crueles cazadores que no conocen la piedad ni el perdón.

Cuando arribó a la unidad parecía que había muerto en el lúgubre

trayecto, porque su cuerpo se transparentaba, como un fantasma.

Con horror vio que un denso humo negro salía del apartamento de la familia de Esmeralda, y los vecinos habían salido despavoridos del edificio. Infernales llamas salían desde las ventanas, y un colosal sollozo provenía del incendiado departamento.

- ¡Aún hay alguien vivo allí adentro!- Gritaba una de las vecinas.

Ramiro, después de escuchar el alarmante griterío, entró al edificio con recio valor, subió las escaleras hasta llegar al cuarto nivel, y con su vigoroso cuerpo quebró la puerta del apartamento.

El humo lo sofocaba, lo asfixiaba y lo estaba asesinando. El lugar apestaba a muerte, un rancio olor de le advertía de un inevitable desenlace.

Buscaba desesperadamente a la madre de Esmeralda y a Rodolfo; los chillantes bramidos de la madre habían guardado silencio.

Caminó por el corredor, y al entrar en la recámara del infante, sus ojos quedaron atónitos al contemplar como el cunero se consumía por el desmedido fuego que ardía sin cesar.

Un leve suspiro capturó su atención. Giró su cuerpo a una de las esquinas de la habitación, y observó que el cuerpo de la madre se hallaba tendido, casi inconsciente sobre el ceniciento suelo.

Se acercó a ella, y con voz débil la madre le dijo a Ramiro:

- Déjame aquí.

- No diga tonterías, la llevaré en mis brazos.

Cuando Ramiro intentó cargarla entre sus brazos, la madre comenzó a quejarse, evitando que él se la llevase.

- No, no, ¡No! ¡Yo lo hice, suéltame!- La aflicción y las lágrimas de rabieta brotaban de su afligido ser.

El fuego iba destrozando el lugar, pero Ramiro se petrificó cuando la madre confesó lo que había hecho.

- ¡Fui yo quien le prendió fuego! No podía ya verlo. Él era igualito a Esmeralda, y me dolía verlo. Me lastimaba su presencia, y ya no soportaba tener que verlo... ¡Déjame morir aquí! ¡Largo!

Con la escasa fuerza que tenía la madre empujó y apartó a Ramiro.

El lugar se desmoronaba, y el techo comenzaba a caerse en pedazos. Ramiro se apartó poco a poco de la madre, dejándola morir con la culpa que la consumía como el fuego.

Salió del edificio, y los vecinos lo miraban con peculiar asombro.

- ¡Ey! ¿Qué pasó?- pregunta uno de los impertinentes condóminos.
- Llegué tarde... eso pasó. No pude salvarlos.

Ramiro esperó a que el cuerpo de bomberos pudiese controlar el incendio, además, los paramédicos no permitían que Ramiro regresara a casa hasta que estuviesen seguros del bienestar de su salud. Entonces, uno de los paramédicos que le atendía lo miró fijamente y le habló.

- ¿Tú no eras enfermero en el hospital?
- Era voluntario, pero tengo conocimientos de enfermería.
- Sabía que te conocía de alguna parte. Hace mucho que no te veo, ¿ahora a qué te dedicas?
- A matar a mis seres queridos, a eso me dedico... es lo mejor que sé hacer.

Capítulo 9

VI

Coyoacán

La familia vestía nuevamente el traje de luto, recordando a mi padre en el tercer aniversario de su muerte.

Uno, o quizá dos personas asistieron a la misa que mi madre pagó con demasiado esfuerzo. Jazmín estuvo presente, junto con su padre y madre.

Cuando el sacerdote terminó su sermón, Jazmín se acercó para saludar a mi madre. Ambas se abrazaron, y luego mi madre, como buena católica que era, le dio la bendición, deseándole lo mejor a ella y a su familia. Después de la funesta ceremonia, Jazmín y yo salimos por una cerveza.

- Sé de un lugar bueno donde sirven buenos tragos, y donde ponen música rock.

Me invitó a un bar que se llama The Cross, ubicado en la Delegación Coyoacán¹, en la zona centro sur de la ciudad.

El lugar me fascinaba. Servían varios tipos de bebidas, a un precio agradablemente accesibles. Jazmín pidió una mesa en la segunda planta, en una terracita donde yo podría saciar mi adicción a los cigarros. Ella conocía bien mis gustos; sabía perfectamente que siempre he sido un fiel fanático del rock, así que la música del establecimiento animaba mi extrovertida personalidad.

- Y bien, ¿qué opinas?- Me preguntó, acercado su silla cada vez más pegadita a la mía.

- Me encanta. Sabes muy bien que soy fan de este tipo de ambientes. Tomando una rica chela² bien muerta, disfrutando de un rico cigarro, escuchando a Led Zeppelin, y gozando de tu amena compañía ¿qué más podría pedir?

La verdad es que, disfrutaba tanto estar con ella, que no me percataba del tiempo que avanzaba velozmente, y bebiendo trago tras trago, sólo nos motivábamos a embriagarnos. De repente en la mesa ya había ocho o nueve tarros vacíos, el cenicero estaba repleto de colillas, y el lugar

estaba a punto de reventar por la cantidad de clientes que había.

- ¿No te incomoda llevar siempre eso?- Le pregunté, y podía reconocer que mi voz era cada vez más torpe y lenta.
- ¿Llevar qué? – Contesta de igual manera.
- Ya sabes, tener que usar la prótesis diario.
- Bueno... es eso o tener que usar silla de ruedas ¿no? Uno se acostumbra. Han pasado dos años desde que estoy obligada a usar prótesis.

Nos quedamos viendo fijamente, y luego, una incontrolable risa atacó a Jazmín. Su risa era contagiosa, bastante alegre y jocosa.

- Sabes qué me encanta de ti. – dije.
- ¿Qué te encanta de mí?
- Que siempre estás contenta. Creo que sabes afrontar muy bien los problemas.

Volvió a reírse, y ahora me miraba con sus majestuosos ojos negros. Me penetraba con su encantadora mirada.

- Mentiroso. – dijo ella. – Puedo llegar a ser un poco conflictiva, casi casi bipolar. Soy muy emotiva, y creo que eso es malo. Las personas emotivas, como yo, sufrimos más, porque exageramos todo. ¡Todo!- Volvía a reírse- Si algo me pone muy feliz lo exagero, si algo me pone triste lo convierto en depresión, y así.
- Pues salud por eso. – Brindamos con nuestros tarros de cerveza oscura. – Me encanta que seas así.

Jazmín matizó una divina sonrisa y luego nos besamos con bríos de candente pasión. Cerré los ojos cuando nuestros labios se fusionaron, y mi volátil imaginación me enseñó toda una gama de maravillosos colores. Mi olfato se obsesionaba con el aroma de su delirante perfume. Nuestras manos se entrelazaron, y entre nuestros besos, ella dejaba salir una tierna risa. Era un amor juvenil, amor de adolescentes.

El jolgorio del lugar estaba en pleno apogeo, cuando de repente, el DJ apagó su setlist, y colocó en un pequeño escenario un par de amplificadores de guitarra y voz. Uno de los meseros subió al foro, encendió el micrófono, y dijo que era noche de músicos, así que, si

alguien quería subir a cantar o a tocar, sería bien recibido.

Hubo alaridos y aplausos, ovaciones a personas que querían subir a demostrar su talento.

- ¡Deberías subir a tocar! – Me dice Jazmín toda emocionada.
- ¿Yo? Ja, ja, ja. Yo no sé cantar.
- No seas modesto Peter, tú tienes mucho talento. ¡Anda!

Todavía no le daba una respuesta segura a Jazmín, cuando llamó a uno de los meseros y le pidió que escribiera mi nombre en la lista de los que iban a participar.

- Listo, ja, ja, ja. Ahora no tienes pretexto. –Volvía a enredarme entre sus excitantes labios.
- Estás bien loca, ja, ja, ja. ¡Dios santo! ¡Creo que te amo!
- ¿Me amas? ¿Hablas en serio?

La admiraba, la idolatraba como lo haría un desesperado creyente al cual le prometen la salvación eterna. Estaba completamente seguro de que ella era la musa con quien quería compartir todas las victorias que da la vida, y que también estaría presente, apoyándome en todas las derrotas que llegasen a suceder. El amor me tenía cegado probablemente, pero mi corazón decía que realmente estaba enamorado de ella. Vivía apasionado desde que la conocí, un vehemente amor corría por mis estrechas venas. Jazmín era una diosa con apariencia humana, creía que era perfecta, única entre todas las mujeres.

- Jamás había dicho algo con tanta franqueza.- Cuando escuchó mis palabras, sujetó firmemente mis manos, y me dijo:

- También te amo. Me gustaste desde el primer momento en que te vi. Sentado en aquel café, leyendo uno de los tantos libros que tienes, ja, ja.

- La primera vez que yo te vi no fue en aquel café. Y desde entonces sentía que me había enamorado.

- ¡Wow! ¿Dónde me viste por primera vez?

- Fue mucho antes del día del café. Te vi salir del metro Bellas Artes. Saliste y te sentaste en una de las banquetas que hay por allí. Había pensado en hablarte, pero no tuve el valor de hacerlo, meses después, cuando te vi entrar a la misma cafetería donde yo estaba, sabía que no podía dejarte

ir.

Volvimos a besarnos, una y otra vez. Saciábamos nuestra sed de inocente lujuria, su boca era la fuente del eterno amor, de la eterna juventud.

Uno de los camareros llegó a nuestra mesa, e interrumpiendo nuestro amoroso momento, toco mi hombro, y me dijo que ya era mi turno de pasar al escenario.

Me levanté de la mesa, y le dije a Jazmín que me regalara un beso para la buena suerte.

- Estoy algo happy3 para tocar, ja, ja, ja. Esto va a ser un desastre.
-Me reí mucho esa vez.

- Te irá bien. ¡Suerte! -Jazmín me envía un tierno beso al aire, el cual cacho con mi mano.

Estoy en el escenario, soportando las exigentes miradas de un público que reclama un buen espectáculo. He enchufado una sucia guitarra electroacústica a un amplificador algo jodido. Termino de afinar, y me siento al ras del foro; las tenues luces amarillas me bañan con su luz, y guardando un minuto de silencio, miró fijamente a Jazmín, que me dibuja una sonrisa, y moviendo suavemente sus labios me dice "te amo".

Mis dedos se deslizan entre las cuerdas de nylon. La primera nota que ejecuto captura la atención de los espectadores. En el ambiente no se escucha nada más que el encantador sonido de la guitarra, luciendo y avivando a los enamorados que yacen en el lugar.

Mi voz se filtra por el micrófono que apesta a cerveza, y sin haberlo planeado, el eco sonoro de mi voz al cantar hipnotizaba a la muchedumbre que se aglomeraba frente al escenario.

Les compartí una pieza original, compuesta por mí. Rara vez la gente se detiene a apreciar las obras de un nuevo talento, pero esa noche, puedo afirmar que cautivé a los oídos, los corazones y las emociones de mi público, el cual quedó fascinado.

Cuando la última nota fue tocada hasta extinguirse, las personas se alzaron de sus butacas y aplaudieron armónicamente. Exaltaciones y alaridos de gozo me rodeaban, me hacían sentir como un verdadero músico. Entre el público Jazmín radiaba el arrebol de su belleza natural. De nuevo me regalaba un beso que soplaba al aire.

- Eres el mejor. ¡Bravo!- Festeja Jazmín cuando regreso a la mesa

donde andábamos tomando.

- Me puse muy nervioso. Ja, ja.
- Lo hiciste muy bien. ¿No quieres salir a caminar?
- Vale, vamos. ¡Camarero! La cuenta por favor.

Capítulo 10

VII

Vamos por unas frías

Pocos meses faltaban para que la tediosa escuela terminara. Ramiro y yo estábamos sentados, observando a nuestros compañeros que, en su estupidez, rompieron uno de los cristales del salón. No importa cuánto desmadre hagan, no existen límites para la diversión.

Me preocupaba mucho el aspecto de Ramiro. Después de lo ocurrido en el departamento de Esmeralda, su piel parecía estar marchitándose, adoptando un espantoso color a bilis, como si se estuviese intoxicando. Su piel está enfermándose, y no hay medicina que remedie su agonía.

- ¿Me contarás qué ocurrió esa noche? – Le pregunto a Ramiro.
- Prefiero no hablar de eso Peter. Lo único en lo que pienso es en cómo mierdas me podré zafar de esta chingadera.
- Sabes bien que le pasa a los chapulines que se rajan o que se quieren pasar de vivos.
- Al chile ni me lo recuerdes pendejo. Neta que esto está valiendo madres. Me lleva la verga.

Presiento que Ramiro está contemplando su pronto fallecimiento. Antes, por lo menos, buscaba apoyo, una sencilla opinión de cómo debí actuar o cómo debía comportarse, pero ahora, simplemente se deja caer en el limbo de su depresión.

No hace mucho, Ramiro me contó sobre cómo quiso extorsionar a los narcotraficantes, la causa por la cual asesinaron a la chica Esmeralda.

Tres meses después de haber realizado la mórbida iniciación al narcotráfico, Ramiro comenzó a relacionarse con sus pervertidos compañeros. Aquellos individuos eran grotescamente repugnantes, unos sádicos y adictos al sufrimiento ajeno. Eran jóvenes ansiosos por satisfacer sus más bajos instintos de violencia.

Ramiro y sus encarnizados compañeros resguardaban en silencio, como expertos asesinos, esperando sutilmente para atracar a un mal afortunado chofer de autobús. Lo esperaban en una populosa esquina a plena luz del día. El chofer del bus aseaba su unidad, vestía ya con su uniforme de

trabajo. Ramiro y sus amigos lo vigilaban con feroces miradas que podían hasta devorarlo.

- ¡Que pedo mi pinche Rami! – Le habló un joven narcotraficante, cuyo nombre es Nepomuceno, pero su apodo de sicario es “El más tuerzo”.
- ¡Que tranza mi tuerzo!
- Pos aquí pasando el rato esperando a que este hijo de su puta madre se suba al camión. Oye, queríamos invitarte por unas muertas más al ratón¹, ¿si te lanzas o te mandamos a la verga?
- ¡Cámara²! ¿a qué hora o qué pedo?
- ¡Eso! ¡Así me gustas pinche Ramiro rifado! Pasamos por ti en la noche. Te marco a tu fon³ cuando estemos cerca, ¿cámara?
- ¡Cámara!

El chofer del bus subió a su unidad y la encendió. –Ya es hora- dijo uno de los sicarios, y todos se montaron en unas motonetas que tenían estacionadas. Cuando el bus se puso en marcha y comenzó a recoger pasaje, los sicarios dieron por iniciado el acecho.

El extenuante calor agobiaba a los ciudadanos, y el ya miserable conductor de autobús miraba con sobresaliente espanto el reflejo del espejo retrovisor. Con ojos temblorosos veía a los repugnantes narcotraficantes acercándose al camión. Podía apreciar sus burlonas risas, sus dientes parchados de amarillo a causa del adictivo cigarro.

En una esquina, un hombre pide la parada del autobús. El desafortunado chofer detiene su vehículo, tratando de comportarse lo más relajado posible. Su camisa está empapada en sudor, su pulso es cada vez más turbado, y sus nervios lo hacían sentir inquieto, lentamente perdía su fuerza vital, se sentía impotente ante la situación.

El hombre siguió conduciendo. Realizaba las paradas que los pasajeros solicitaban, y a la vez recogía a la gente que extendía sus manos en aire.

Hubo un momento en el que el chofer empezó a desesperarse cada vez más y más. Su pie caía con más fuerza sobre el acelerador. –Este wey quiere correr- dice uno de los sicarios, y todos aceleraron de igual manera.

De nueva cuenta, el reflejo que reverberaba el cristal de la luna, azotaba la mente del desdichado conductor, que dejaba caer todo el peso de su pie al acelerador.

El cuerpo de los pasajeros se zangoloteó al sentir el repentino cambio de aceleración. Un unánime reclamo sopló en aire caliente del bus. Las quejas y los insultos iban contra el malhumorado y estresado chofer, que no perdía el tiempo tratando de explicar lo que acontecía. < "Intento salvar sus vidas idiotas"> piensa en silencio el aureolado chofer del autobús.

Los sicarios apuntaban con uzis⁴ al vehículo que cada vez conducía más rápido. Esta acción sólo era para aterrorizar más al piloto. - ¡No traes puercos!- exclamaban como guacamayas los pasajeros. La gente le dirigía la palabra al chofer con amarga tosquedad, ignorando por completo lo que ocurría alrededor. < Pinche gente inculta y descortés>, pensaba el conductor. - ¡Nos vas a matar loco! ¡Pinche camionero descerebrado! – exaltaban las personas, que ya estaban perdidos en la desesperación. Algunos pasajeros, por querer evitar morir en una colisión, rompían los cristales del camión, y saltaban fuera, aunque estuviese el camión en movimiento. Forzaban la puerta de salida, y brincaban hacia la populosa avenida.

El chofer ya no detenía su unidad por ningún motivo. Ni las luces rojas de los semáforos, ni el pitido de los carros, ni siquiera la protesta de los transeúntes le evitaban seguir acelerando.

Los desalmados matones se hartaron de la persecución sin sentido. Decidieron ponerle fin a esta locura; se orillaron junto al camión, dos motociclistas por cada lado, y comenzaron a descargar toda una ráfaga de balas contra el camión. Los cartuchos quedaron vacíos, y los casquillos trazaban el corto camino de la muerte.

El chofer, a pesar de haber recibido varios impactos del poderoso arsenal, resistió hasta poder dejar el vehículo en un sitio seguro para los sobrevivientes que habían quedado. Su unidad vehicular quedó totalmente baleada, agujereada por todas partes.

Los mafiosos éstos se orillaron junto a la carcacha que quedaba, descendieron de sus motos y subieron al acribillado camión. El chofer seguía aún con vida, respirando honda y pausadamente. El más tuerzo lo sujeto firmemente de la camisa blanca teñida de sangre, y le susurró al oído:

- La limpia sigue. Te advertimos que, para trabajar aquí, había que dar una cuota de 100,000 pesos al mes puto. No te quieras hacer el verguero pinche puto, esto le pasa a todo aquel que quiera trabajar sin

pagar su seguridad.

El camionero tenía un mes trabajando en las calles. Tenía intenciones de trabajar honradamente, sin pleitos ni complicaciones. El primer día que empezó a trabajar, los sicarios se acercaron a él, diciéndole que tenía que darles cien mil pesos para dejarlo trabajar y brindarle protección. Le dieron un límite de una semana para reunir el dinero, pero él se rehusaba a regalar su dinero a los malandros que sólo viven de robarles a los inocentes.

Ramiro contemplaba el cuerpo del camionero que lentamente se desangraba. Estaba muriendo, y Ramiro no asimilaba aquella triste realidad.

- Lo que haremos. – habla el más tuerzo a sus discípulos.-
Cortaremos el cuerpo de este cabrón en pedacitos, y lo dejaremos en la calle para que los demás entiendan que esto no es un juego.

Los sicarios se llevaron el cuerpo ya sin vida del camionero, y cuatro horas después de haber balaceado el camión, colocaron en una bolsa negra de plástico los restos desmembrados. Las extremidades, y la cabeza, fueron cortados y puestos como restos de basura en la calle, y junto a la bolsa, colocaron una cartulina con un mensaje que decía: “La limpia sigue. Todo aquel que quiera resistirse terminará como el puto de bolsa.”

Ya era de noche cuando Ramiro recibió la llamada de su compañero Nepomuceno.

- ¡Que tranza ramera! Ya sal compa, ivamos por unas frías!

Ramiro bajó de su recamara y se subió a una camioneta de cristales polarizados, y totalmente blindada.

En el largo trayecto, los sicarios no paraban de hablar sobre las mujeres que querían raptar y sobre los nuevos grupos de sicarios que debían erradicar. Ramiro se limitaba a mirar por la ventana, a contemplar las sombras de la vegetación.

Los narcos se alejaban de la ciudad, por una rústica carretera llena de agujeros y tierra que se alzaba al avance de las llantas.

- ¿A dónde vamos? –pregunta Ramiro.

- Pues por unas bien muerta mi Ramera. ¿Ya te quieres rajar o qué pedo?

- Nombre, si lo que quiero es ya llegar.
- Relaja la raja cabrón, ya casi llegamos.

Ramiro guardó silencio. Prefirió enmudecer y esperar a que llegasen a su destino.

La camioneta siguió por el desolado camino, y no se desvió de la ruta hasta que llegaron a un mórbido y espantoso cementerio. Por un momento, Ramiro no creía que la camioneta se adentraría por entre las tumbas, pero su sorpresa fue mayor cuando observó que poco a poco se introducían y penetraban entre las ánimas.

Ramiro seguía sin decir nada, no quería sonar como un marica frente a los hombres que le acompañaban.

Después de dos minutos, llegaron a una casa de ladrillo y adobe. Una construcción mal construida, con piezas desgastadas y a medio derrumbar.

La camioneta se estacionó a un costado, y después, todos se adentraron en la lúgubre casa que parecía contener lamentos. La melancólica zahúrda no tenía ventanas, no había sitio por donde la luz pudiese aclarar las tinieblas durante el día, sólo poseía una ominosa entrada, una sombría boca que conducía al averno.

El más tuerzo y sus amigos abrieron un mohoso ropero que estaba al fondo de la casa, y de allí sacaron unas palas estropeadas por la oxidación. El más tuerzo extendió su brazo a Ramiro y le dio la pala.

- ¿Para qué es esto? – Pregunta Ramiro con cierto titubeo en su voz.
- ¿Pus pa que va a ser ramera? Pus pa sacar a las muertas.

Ramiro empujó a Nepomuceno y luego retrocedió unos pasos.

- Esto es de enfermos. – Reclama Ramiro. - ¡Ustedes están enfermos!
- ¡Ah chinga! ¡¿Qué muy vergas!?! No te pases de verguerito Ramiro. ¿A qué pensaste que veníamos o qué?
- Pensé que iríamos por unas chelas o a beber; no a hacer asquerosidades como estas.
- Entre nosotros, tus amigos, si es que quieres que seamos amigos, nos gusta ir por recién fallecidas. Apuesto a que te gustará cuando lo intentes. Cuando veas a la que vamos a desenterrar, esa mirruña que te

cuelga se te alzaré como nunca.

- ¿Qué mierda te traes cabrón?

- ¡Ya bájale de huevos pendejo! Tú no me andes gritoneando. ¿Vienes, o mejor te matamos y te cogemos a ti? – Ramiro enmudeció. No contestó por miedo al ver los espantosos ojos de Nepomuceno. La cara de El Más Tuerzo se transformaba en un rostro demoniaco. – Ya no andes de maricón y recoge la pala.

Ramiro se resignó a seguir discutiendo con Nepomuceno y los demás antisociales, que comenzaron a caminar por entre las lápidas de olvidados nombres.

La gélida brisa congelaba el borroso rostro de Ramiro, y en su agitado caminar, creía escuchar alucinantes y estremecedores llantos de difuntos, antiguas voces que fueron apagadas, sepultadas bajo una tierra marchita.

El lamento de los muertos, que susurraba al viento, no se comparaba con la abrumadora conversación de los narcotraficantes, hacían burdos comentarios de la occisa a la cual querían desenterrar.

- ¿Quién es la muerta? – pregunta Ramiro.

- Se llamaba Yamileth. – contesta Omar; otro narcotraficante, al cual apodaron como “El Piojoso”.

Yamileth era una niña de elegante belleza, tez blanca, cabello rizado y ondulado. De encantadora sonrisa, alama noble y pura. Sólo tenía 17 años cuando falleció.

Fue hija de un hombre estudiado, y dedicado a la ciencia médica. Toda la familia de ella tenía grandes aspiraciones a las artes y a la ciencia. Su madre había estudiado Filosofía alemana en la universidad, y su hermano estudiaba matemáticas, pero también tenía grandes ambiciones de ser músico de conservatorio.

Ella y su familia vivían en el municipio contiguo a la Ciudad Renacimiento. Vivían modestamente, bien acomodados entre los lugareños.

Su familia era respetada y, de cierta manera, admirada por los demás.

La biblioteca del padre de Yamileth siempre permanecía abierta, dispuesta para quienes quisieran leer, o para quien tuviese el flamante deseo de estudiar.

Un día, Yamileth comenzó a sentirse mal de salud. De repente comenzó a sentirse demasiado cansada, débil, con mareos y sin apetito. Las articulaciones y los huesos le dolían, sentía que no podía moverse.

Su padre, como experto en la materia, se encargaba de examinarla y atenderla clínicamente. Se desveló noches enteras para poder encontrar una solución que curase los malestares de su hija, pero, lamentablemente, el corazón de su padre se partió y se hundió en una enorme depresión, cuando le diagnosticó leucemia a su preciosa hija. Su adoración, la joya de su vida moriría inevitablemente.

Los sudores nocturnos y la fiebre estaban por matarla. El tino comenzó a agrandarse, comprimía la tráquea, y eso le ocasionaba una espantosa tos y serias dificultades para respirar.

Su rostro, el cuello, los brazos y el tórax empezaban a hincharse. La presión intracraneal estalló, provocando una complicada hemorragia interna, ocasionándole un agitado y doloroso desvelo hacia su muerte. Con telas de oro cubrieron su angelical mirada, y toda la familia pasó a despedirse del inocente infante.

Los Narcotraficantes venían hablando sobre el cuerpo de Yamileth. – Todos en el pueblo querían cogerse a esa niña- Ramiro comenzaba a sentir náuseas de sus compañeros. – Estando muerta es más rico, causa sensaciones en el cuerpo que no puedo explicar. ¡Flojita y cooperando, ja, ja, ja!-

Cuando llegaron a su pulida lápida, sobresaliente a cualquier otra, El Más Tuerzo ordenó que la desenterrasen.

- ¿Cuántos días lleva así?- Pregunta Ramiro antes de que descubrieran el cuerpo.

- No mucho. Ha de llevar menos de treinta horas de haber fallecido. –Le contesta el más tuerzo.- Aún sigue fresca, vas a ver.

Las palas no dejaban de quitar la tierra que pesaba sobre el ataúd. Poco a poco se iba asomando la caja de madera que resguardaba el tan apreciado cuerpo de la tierna niña.

Cuando quitaron toda la tierra que estorbaba, abrieron como perros hambrientos el ataúd, iguales a voraces carroñeros; y de repente, una majestuosa ausencia de ruido los invadió, las miradas de todos quedaron atónitas, atapada por la radiante belleza que aún conservaba el cuerpo.

- ¡Hija de tu chingada madre, estás como quieres mi reina! – Dijo uno de los sicarios que intentaba zafarse de su apretado cinturón, desenfrenado por la excitación de su cabeza. Se bajó los pantalones, y ya

estando a punto de aventarse sobre el frío cuerpo, Nepomuceno, en son de su gallardía, detuvo a su inquietante compañero.

- ¡Aguanta! – Dijo Nepomuceno, colocando su brazo de forma que obstaculizaba a su camarada.- No seas maleducado, y permite que, aquí nuestro amigo Ramiro tenga el honor empezar el festín. Ramiro, por favor, si eres tan gentil.-

Los ojos morbosos de los demás herían a Ramiro como afiladas dagas, y mientras Ramiro se colocaba sobre el fallecido cuerpo de Yamileth, notaba como los demás se acariciaban sus miembros.

La brumosa y espesa oscuridad acobijaba a Ramiro, la cruda noche le bautizaba como a su hijo. Mientras deslizaba la bragueta de su pantalón, el pulso de su sangre zaceaba su famélico deseo sexual. La excitación invadía su entrepierna. Sus manos se aferraban sobre el delicado busto de la occisa, y sobrepasaba sus dedos como si ella en verdad pudiese sentirlos. Acercaba sus cálidos labios sobre el aterido cuello de la chica, y entonces, Ramiro creyó escuchar un leve susurro. <Mi imaginación me está jugando una mala broma> y de nuevo, cuando introducía su viril miembro entre las blancas piernas, volvió a escuchar un leve gemido, un infantil y aterrador suspiro. < ¡Cállate!> Decía Ramiro dentro de su cabeza, y colocaba su pesada palma sobre la tiesa boca de la muchacha. Los demás, sucios espectadores que se masturbaban frente a Ramiro, comenzaban a realizar sonidos similares a fieras agonizantes. Enfermizos sonidos abismales, de poseídos por extrañas fuerzas sobrenaturales. Era todo un coro de aullidos demoniacos, un coro de ennegrecidas almas que penan en vida.

Ramiro estaba actuando con los ojos cerrados, y con endeble agallas decidió abrirlos. Se sentía como un completo orate, porque creyó ver que la muchacha también dejaba ver sus iluminadas pupilas, de forma rápida y fugaz. Contemplaba el rostro de la mujercita, y veía con horror como aquel rostro tallado por los ángeles decaía, moldeaba ahora un rostro anormal, deforme. Parecía que quería gritar, que quería ser escuchada por alguien o por Dios, pero su cuerpo anquilosado encerraba su voz. <Qué tan oscuro debe ser el sitio donde tu voz no encuentra salida. Mi voz, mis afónicos gemidos te confunden más de lo que ya estás. Cuánta angustia, inquietud y tristeza debe estar invadiéndote. Ya no estés apenada, ya he acabado, y ya no me queda espíritu para continuar>.

Ramiro levantó su mortificado cuerpo, se subió los pantalones de mezclilla, abotonó su camisa, y se retiró, apartándose de los demás, ignorando las groserías y los múltiples insultos.

- ¡Ey! ¡Ramiro! ¡Si nos chingas, te chingamos el doble! ¡Ey! ¡¿Estás

escuchando? – Las palabrerías de Nepomuceno pasaban de largo.

< Es tiempo de acabar esta locura.> Pensaba Ramiro, pero en sus pensamientos también surgía la idea de las amenazas. Con intolerante aversión sentenciaron a Ramiro en un fatídico sufrimiento. < En nadie puedo confiar. No puedo decírselo a nadie. No puedo confiar en un país que traiciona a los que quieren ser justos. ¿Cómo amar un país que jamás ha brindado apoyo, ni seguridad, ni nada que se pueda enaltecer? Estamos solos, perdidos entre la locura y la desesperanza. Vivimos en un circo, donde unos son domadores, otros, las salvajes fieras que habrá de domar, algunos son payasos, otros caminan sobre la cuerda floja, hay alguno que otro trapecista, que siempre va columpiándose, intentando aferrarse a las manos de otro colgado, y algunos otros, simplemente se resignan a ser espectadores>. Lo primero que hizo Ramiro al llegar a su hogar fue darse una ducha. El agua caliente caía sobre su espalda, relajando sus tensos músculos. < En fin> pensaba Ramiro en voz alta, < Mañana en la mañana iré a denunciar lo ocurrido. Total, ¿qué más pueden hacerme, si ya no tengo nada que valga en mi interior?>

Capítulo 11

VIII

D-101

Jazmín y yo enriquecíamos el inefable tiempo paseando por las estrechas calles de Coyoacán. Después del bar nos fuimos tiernamente abrazados, e íbamos besándonos en cada esquina que rozábamos, entonando melódicas sonatas de amor bajo las candidas luces de las farolas. Continuamos así hasta que llegamos a la famosa plaza de la Conchita¹.

Nos sentamos en una banquita de piedra pintada de rojo, a las espaldas de una magnífica iglesia, en restauración, de la época colonial.

- Si supieras cómo me encanta besar tus labios. – Hablé como si le estuviese susurrando al viento.

- ¿De verdad? Pues demuéstremelo. – Y de nuevo la besé. Ella dejó caer suavemente su cuerpo sobre el mío, acurrucándose entre mis brazos. Yo acariciaba su frondoso cabello negro, haciéndole piojito² con la yema de mis dedos; ella me regaló una encantadora sonrisa. - ¿Qué más quieres hacer?

- Tengo una botella de vino enfriándose en mi casa. ¿Quieres ir?
–Sus ojos se enternecieron al mirarme.

- Vale. Vamos.

Caminamos hacia donde había aparcado el carro. Le abría la puerta, encendí el carro y nos marchamos rumbo a mi casa.

Me percataba de la hora en un precioso reloj de acero Mont Blanc; son las doce con veinticuatro minutos. Es demasiado temprano para ser viernes en la noche.

De nuevo observo el reloj, pero sólo me fijo en la fachada. Una desgarradora nostalgia me atropella al ver cómo lentamente avanza el minutero; mi padre llevaba puesto este reloj, el que ahora yo porto, el día que fue asesinado. El tiempo no se detiene a pesar de nuestro sufrimiento, debemos aprender a que la vida no es justa, no hay que esperar nada de nadie, ni lamentarse por las acciones del pasado. Sólo

nos debe consolar el presente, el futuro no existe.

Ya nos habíamos alejado de Coyoacán, y cada vez más nos adentrábamos a la Delegación Cuauhtémoc³.

- Hay que tener cuidado con los de la U4. – Dice Jazmín, riendo inocentemente.
- ¿La U?
- La “Unión”. Es una pandilla que asalta por la zona.
- Ok. Entonces tendremos mucho cuidado.- Realicé una sonrisa nerviosa, y continué conduciendo.

La avenida por donde transitábamos empañaba los cristales del carro con su perpetua oscuridad. De vez en cuando apartaba la vista del camino, y volteaba a ver la suave y delicada compleción de Jazmín. Veía el delineado marco de sus labios, sonriendo, y sus pupilas parecían correr por el negruzco paisaje, extraviándose entre los rústicos edificios y las viejas vecindades. Parecía que Jazmín tenía curiosidad de saber quiénes son los que duermen, < le encantaría penetrar en los sueños de las durmientes almas; escarbar y deslumbrar los arcanos que se ocultan entre las despintadas fachadas, y perderse allí para toda la eternidad>. Veía sus finitas manos, y no podía contener el ardiente deseo de entrelazar mis dedos con los suyos.

Llegamos a la unidad donde vivo con mi hermana y mi madre. Estacioné el carro, y al momento de apagar el motor, me dejé controlar por una apasionante excitación. Me abalancé entré tu cuerpo, lo recuerdo muy bien, y sumergí mis manos por debajo de tu espalda, hundiéndolas bajo tu holgada blusa. Tú me sujetabas entre tus piernas, como si fuesen pinzas - ¡Ah!- Exclamabas con exquisito deleite junto a mi oído. Tus besos eran fuego, candentes y explosivos; son supernova, un estallido cósmico, de donde nacen las galaxias. Cerrabas tus ojos, y tus manos se enredaban al intentar desabrochar el zipper de mi pantalón. – Espera – tus palabras estaban envueltas en suspiro. – Subamos, vale – Y complaciéndote, bajamos del carro, y subimos al apartamento D-101.

Frente al pórtico de mi hogar jugueteábamos. < Que felices recuerdos, saber que eres feliz. Sentía que era capaz de protegerte, de amarte durante toda la vida, y en todas las que siguen. Sentía que poseía energías para crear y destruir, para nacer y morir. Tú eras esa vida que complementaba la vida que poseo.>

Entramos, y todo estaba en penumbra. Sentía el aire fresco corriendo entre el sudor de mi pecho. Como ratoncitos nos adentramos en la habitación, y al entrar, observé como tu cuerpo caía ligeramente sobre la

cama, y me dejó asombrado la manera en que tu pelo se regaba alborotado sobre el colchón.

Nada más podía distinguir tu silueta marcada sobre las sábanas. < La escultura de tu divina apariencia humana se fundía entre mis palmas al tocarte. Te derretías, te impregnabas como una afrodisiaca loción sobre mi piel. Era un bálsamo de pureza, de espléndida candidez.>

Alzaba tus piernas sobre mis hombros, recuerdo cómo te temblaban de le excitación, o quizá era por nervios; y cuando nuestros cuerpos se entrelazaron por primera vez, pude ver tu alama. Juro que podía verla, como si una luz ultra violeta la revelara sólo para mí. Así fue hasta que, después de un par de horas nos quedamos dormidos. Caímos absorbidos a los amigables brazos de Morfeo. Nuestros cuerpos se encontraban en posición de paz.

Esa noche te escabulliste, como un felino, entre mis sueños. Con una sutil danza brincaste de tu sueño al mío. < Inclusive, hasta en los sueños, me tienes acorralado>.

- Quiero soñar siempre contigo. – Hablaba contigo dentro de la fantasía.

- Nunca pidas eso. No sabes lo que dices. –Decías sonrosada.

- ¿De qué hablas? Claro que sé de lo que hablo. – Me miraste profundamente, y guardaste un poco de silencio.

- No quieres soñar mil veces las mismas cosas, créeme.

A qué estrepitosa revelación me sometiste en mi propio sueño. Hoy que estoy enamorado, pido con alegría poder soñar contigo, pero el día de mañana, quizá le ruegue a Dios que, por piedad suya, me permita dejar de soñar contigo.

Desperté con el corazón agitado. Sentí como si alguien me hubiese dado una bofetada, < ¡Qué mierdas pasa!> Pensaba mientras me levantaba de la cama, cogía la cajetilla de cigarros que estaba tirada en suelo, prendí uno, y me coloqué al filo de la venta que estaba entreabierta. No tenía intención de despertarte, pero lo hice. Me miraste somnolienta, y me hablaste con voz aletargada.

- ¿Qué tienes? ¿Todo bien? –Preguntaste.

- Todo bien, creo. –suspíré. - ¿Y si esto no es para siempre?

- ¿A qué te refieres?

- A que si lo nuestro es realmente duradero. Qué tal que sólo me amaras por un día, o un mes, un año, y después, se acaba. – Recuerdo que te levantaste de la cama, dejando caer las cobijas al suelo, y tu cuerpo desnudo se acercó al mío. Tu cabeza se acurrucó en mi pecho, me abrazaste, y luego hablaste tan quedamente que el cuarto pareció ser más grande.

- No creo jamás dejar de amarte, pero debes entender, que no es lo mismo el amor al romance. Hoy hay romance, y también amor. Mañana quizá haya también amor, pero no romance, o viceversa. Nadie nació con la habilidad de predecir el futuro, no te puedo asegurar lo que tú o yo sentiremos después el uno con el otro, pero, lo que sí te puedo decir, es que disfrutes del momento. Disfruta lo que hemos hecho para estar aquí. -Dejaste salir un ligero soplo de alivio. – Adoro escuchar el latido de tu corazón.

- Te amo Jazmín. –Te abracé con fuerza, y luego besé tu frente.

- También te amo Pedro. –Me diste un beso, pero nuestros labios apenas se frotaron; tu cabeza volvía a mi pecho. Querías escuchar los latidos de mi corazón.

Capítulo 12

IX

Amor eterno

- Pues jamás te dejaré de amar. – Le dije a Jazmín mientras se vestía. Ella no era una mujer que se maquillara demasiado. Le bastaba con cepillar su larga cabellera, un toque de delineador y listo. < Era perfecta, que puedo decir>.

Nos levantamos muy temprano, eran las 6 de la mañana, nos vestimos, y salimos a la cocina para preparar el desayuno.

- Buenos días. – Dijo Jazmín al ver a mi madre levantada trabajando en la sala.

- Buenos días. ¡Hola Jaz! Que gusto verte.

- Igualmente señora. ¿Cómo se encuentra?

- ¡Ah!, ¿qué te digo? Con mucha chamba¹ como siempre.

- Sí, me imagino. Pedro y yo vamos a hacer el desayuno, ¿no gusta? ¿Un huevo, quesadillas, café? –habló bailando, moviendo su cuerpo de una manera tan peculiar; único en ella.

- ¡Vaya! Pues ven más seguido Jaz, porque este niño jamás se levanta temprano. Si lo vieras; puede ser medio día y sigue dormido. Es un milagro que esté despierto a esta hora. Pues, lo que ustedes hagan está bien, como de lo que vayan a preparar.

Cocinamos unos huevos con longaniza, exprimimos unas jugosas y enormes naranjas, colocamos la mesa y servimos cuatro platos. Pusimos sobre la mesa un bello mantel, bastante colorido, muy al estilo de pueblo. Servimos los jugos de naranja recién exprimidos, pusimos tortillas calientitas, aguacates frescos, de un verde elegante, salsa roja, queso panela, y unas mini quesadillas. Encendí el televisor y sintonicé en canal del noticiero, después abrí la ventana de la sala para que la casa se ventilara, me lavé las manos, y me senté junto a Jazmín.

Mi hermana salió de su recamara cuando el delicioso olor a comida la

despertó.

- ¡Hola! – Saludó mi hermana. ¿Quién se rifó el desayuno?
- Lo hicieron entre Jazmín y Pedro. –Dijo mi madre después de haberse llevado una cucharada de su platillo a la boca.
- Pues no está nada mal. Felicidades a los Chefs.

Todos comíamos amablemente. Me sentía rodeado de una familia amorosa, una pareja que me amaba y comprendía; era una comprensible sensación de protección. Me sentía resguardado entre un fuego que no quema pero que protege, es una fortaleza contra las iniquidades de la sociedad.

De repente, mi hermana deja salir de su pecho un estruendoso eructo, y todos comenzamos a reírnos. < La risa de Jazmín vive aún en mis recuerdos, todavía palpita entre mis sueños su adorable expresión de alegría. ¡Carajo! Ella me amaba cuando menos lo merecía. Ella era más que una llama: era luz, una encantación. Me dispuse y me determiné a solamente estar enamorado de una mujer, y supe, cuando te conocí, que tú serías la mujer a quien yo amaría durante toda la existencia. El hombre que no ama, no puede ser de confianza.>

- ¡No seas puerca!- Replica mi madre

A Jazmín le dieron ganas de visitar un museo cuando terminamos el desayuno, así que, cuando el reloj dictó las 10:30 am, tomamos un camión que nos dejaba a solo unas cuerdas del Centro Histórico.

Entramos a una extravagante exposición en el museo de San Idelfonso2, de un tal Javier Marín3.

- ¿Conocías a ese artista?- Preguntó Jazmín una vez acabada la exposición. Estábamos sentados en unas banquitas, dentro del emblemático patio de San Idelfonso, frente a los monumentales murales mexicanos.

- Siendo franco...No lo conocía. Nunca había oído nada de él.

- Igual yo, pero me gustó mucho su representación de Adán y Eva, empezando luego luego.

Ya era más de medio día, así que decidimos ir a comer a uno de los tantos restaurantes que hay junto a la Catedral. En el camino de San Idelfonso a la Catedral, discutíamos sobre el amor.

- Amado Nervo dijo alguna vez: "Siempre que haya un hueco en tu vida llénalo con amor", pero, sabes qué, no estoy de acuerdo.
- Siempre tan pesimista Pedro. Deberías ser más positivo. Ja, ja, ja.
- Presta atención... El amor es un monstruo hambriento de vida. El amor se alimenta de vida. Así que, cuando tú aceptas el amor en tu vida, realmente se está nutriendo de ella, y siempre va a requerir más, jamás estará satisfecho. Así que, el vacío que uno siente, el amor no lo llena, si no lo hace más grande.
- ¡Wow! Nunca lo había pensado de esa forma. Quizá tengas razón. El amor se alimenta de vida.
- Mmm... sabes que, no es cierto. El amor no se alimenta de vida, ja, ja, ja. –Se me soltó la risa en ese momento.
- ¡Ash! Como te encanta llevarme la contra. Ja, ja, ja. Sólo lo dice para estar en contra mía. Si yo digo, "el amor es vida", tú dices que no, y si digo, "el amor no es vida", tú dices que sí lo es. Eres un cruel conmigo.

Hiciste una falsa expresión de enojo. Frunciste el ceño, pero tus labios decían otra cosa; querían reírse. Entonces te abracé y nos besamos apasionadamente. < Nuestra vida era puro amor. Teníamos suficiente vida como para alimentar el amor >.

Llegamos a un restaurante de mariscos, ubicados en la parte superior de un edificio que tenía vista de toda la plancha del zócalo.

- ¿No te has cansado? Por tu pierna. – Pregunté sin querer ofender.
- Para nada. Estoy fresca, quiero seguir recorriendo museos.
- ¿Te puedo preguntar algo?
- Adelante, dímelo como va.
- ¿Cómo ocurrió lo de tu pierna?

Jazmín se me quedó viendo, sujetando su helado tarro de cerveza. Dio un gran trago, y luego comenzó a narrarme su trágica historia.

Capítulo 13

X

La limpia sigue.

Me tenían encadenado, completamente paralizado. Mis pies colgaban, y mis brazos eran estirados por la misma fuerza de gravedad.

No podía callar lo que había visto en el cementerio. El más tuerzo, y la caterva de impúdicos tenía que pagar las consecuencias de sus actos. Definitivamente no podía callar esto, no podía permitir que quedaran impunes, pero, ahora me pregunto, ¿qué sufre más? ¿Mi cuerpo siendo torturado, o el remordimiento de mi alma si no hubiese delatado? Considerando que es un grupo de oficiales los que me están sometiendo a la tortura, hubiese sido mejor no haber delatado nada. Son Oficiales corruptos vinculados con el narco, ¿cómo chingados va a haber justicia, si los que deben aplicarla se dejan sobornar por quienes quieren hacer el mal?

Un oficial entra a la celda donde me tienen secuestrado. Me mira y me suelta unos dolorosos puñetazos que mi cuerpo no puede evitar.

- Así que te gusta hablar ieh! Bájeno.

Mi cuerpo desnudo se azota al suelo, y tres oficiales más me sujetaron ferozmente, y me ataron a una silla.

- Veamos si así hablas más de lo que cantas.- Dijo el oficial que me había golpeado.

Sujetó mis manos, e introdujo sádicamente una decena de agujas bajo cada una de mis uñas. Quemaban mis pies, y me marcaron la espalda y el cuello con hierro al rojo vivo. Después entró el jefe de la policía, y les pidió a los demás que me azotaran hasta que se consumiera el puro que estaba fumando.

Después de los azotes, observé con horror como una de los oficiales traía un mazo para quebrarme los dientes, y unas pinzas para arrancarme la lengua. Entonces comencé a agitarme, a alborotarme, intentando escapar de aquel infierno. Me puse pálido por el miedo, la garganta expulsaba gritos que jamás había dado.

El oficial alzó con la mano el martillo, y ya cuando estaba a punto de romperme los dientes, un hombre entró a la sala y detuvo a los oficiales

con sólo utilizar la voz.

- ¡Alto!

No logré reconocer su rostro hasta que se acercó cada vez más a mí. Lo admiré con sombrío espanto; era Nepomuceno, estaba ahí, tan claro como el agua, pero mi cabeza no podía creerlo. El diablo mismo es quien te ayudará a sobrevivir en el infierno.

- Detengan su fiestón amigos. – Se acercó, encendió un tabaco, y me dio un par de cachetadas pero sin intención de hacerme daño. – Te dijimos que les pasa a los soplones. Eres otro chapulín de cagada que creé ser más inteligente. Debes ser obediente piche putita. Te dejaremos vivir Ramiro, pero te digo, desde hoy tu vida se ha jodido para siempre. ¡Suéltelo!

Los oficiales me desamarraron los hirientes nudos que cortaban la circulación. Mi escuálido cuerpo cayó al suelo; era incapaz de moverse.

- ¿Por qué me dejas vivir? – pregunté con escasas energías que poseía. Nepomuceno me miró de nuevo con sus ojos de fiera rabiosa.

- Porque tú cuidas de alguien de quien yo no fui capaz de cuidar.

- ¡No! ¿Eres tú...?

- Así es Ramiro, soy yo el padre del hijo de Esmeralda. Así que estamos a mano. Te doy vida por vida, estamos a mano.

El cuarto quedó en total silencio. Las palabras de Nepomuceno eran como saetas que agredían mi mente.

- Eres un pinche violador, ¡te odio!

- ¿Ella te dijo que la violé? Ja, ja. No me hagas reír Ramiro, que terminaré cagándome los calzones. ¡Pinches viejas! ¡Cómo chingan esas pinches víboras!

Nepomuceno frotaba su barba con su palma, y comenzó a caminar en pequeños círculos.

- Mira cabrón... ya no andes chingando, te lo digo de compas¹. –Dio un fuerte respiro.- Te doy un consejo; aléjate de esa mujer. Es mala espina. ¡Está loca!

- ¿Esa es tu excusa por la cual la abandonaste y la violaste?

- Cree lo que quieras, me vale madre. Tú no seas ingrato, que sólo vives porque cuidas de mi hijo.

- Él no es tu hijo.

Pensé que Nepomuceno me mataría allí, pero no lo hizo. Dio media vuelta, y dijo –mañana te quiero en San Felipe a las 6. Más te vale ir, por tu bien, y por el bien de quienes amas. Déjenlo ir-.

- ¡La limpia sigue! Gritó Ramiro, pero Nepomuceno ya no contestó. El principio de la catástrofe apenas comenzaba.

Capítulo 14

NOTAS

Capítulo I Ciudad Renacimiento

1. Canal de televisión mexicano.
2. Liga Mexicana de Fútbol.

Capítulo II Muerte en Guadalupe y Calvo

1. Halcón: En la Narco cultura, un halcón es quien se encarga de vigilar a las fuerzas federales.

2. Chapulín: En la narco cultura, un chapulín, es aquel que vende drogas por la zona. Es el más inferior de todos los cargos.

3. Criminales

4. Fragmento una canción popular llamada Picky, de Joey Montana.

5. Gerber. Empresa que se dedica a distribuir alimento para bebés en frascos de vidrio transparentes.

6. Una pickup, a veces castellanizado como picop o picap, es un tipo de camioneta. Empleado generalmente para el transporte de mercancías, y que tiene en su parte trasera una zona de carga descubierta (denominada caja, batea, carrocería, platón, cama o palangana), en la cual se pueden colocar objetos grandes. Por lo general, esta área está rodeada por una pared de alrededor de medio metro de alto; la parte posterior puede abatirse para poder cargar y descargar. La plataforma de carga puede ser cubierta en algunos modelos con una lona o con una estructura de fibra de vidrio (llamada capota o carpa).

7. Entiéndase la palabra "jefe" como padre, papá, etc.

8. Abreviación de la palabra en inglés "brother", la cual significa hermano en español.

9. Cerveza Indio es una cerveza mexicana del grupo Cervecería Cuauhtémoc Moctezuma creada en Nuevo León en 1893. Originalmente fue llamada "Cerveza Cuauhtémoc", inspirada en el último guerrero mexica, con su imagen en la etiqueta, y fue a partir de que la gente solía referirse a ella como "la del indio", cuando en 1905 cambió de nombre a

“Cerveza Indio”.

10. Entiéndase como un modismo de referirse a los carros grandes, principalmente camionetas.

Capítulo III El suicidio

1. Mensaje enviado mediante la aplicación de celular Whatsapp.

2. En los rituales de iniciación en el narcotráfico, se convocaban por la noche en algún lugar seguro para la organización y hacían un ritual llamado “las cenas”, que consistía en que los nuevos miembros tenían que desmembrar a una víctima y comerse su corazón.

3. Jesús Juárez del Mazo más conocido como Jesús Malverde fue un bandido de cabello negro y ojos azabache, del Estado de Sinaloa que era salteador de caminos y es venerado como santo por muchos. La Iglesia Católica no le reconoce a su estatua oficial de santo, porque afirma que no tiene datos concretos sobre tener una vida virtuosa, ni los milagros que habría realizado, pero su culto se ha extendido por todo Sinaloa y fuera de él. Se le han levantado varias capillas: la primera de ellas se construyó en Culiacán; también las hay en Tijuana, Badiraguato, Chihuahua, en la carretera que lleva a la ciudad de Aldama, Colombia y Los Ángeles, California. Malverde es conocido como "El Bandido Generoso" o "El Ángel de los Pobres"; también como "El Santo de los Narcos". Era una especie de Robín Hood, "Malverde" era un apodo derivado de "el Mal Verde", dado que realizaba sus asaltos entre la espesura verde del monte, también hay una capilla en México DF en la colonia Doctores.

4. Niña blanca es una forma de referirse a la Santa Muerte en México.

5. Si Dios no existe, todo está permitido. Frase del escritor Fiódor Dostoievski.

6. Chingón: Col. En zonas del español meridional, estupendo.

Ejemplo: ¡Qué chingón está el libro que me prestaste!

Col. En zonas del español meridional, referido a una persona, hábil para hacer algo.

Ejemplo: Mi amiga es una chingona tocando la guitarra

Capítulo IV Peter (CDMX)

1. Bellas Artes es una estación del Servicio de Transporte Colectivo Metro de la Ciudad de México, perteneciente a la línea dos, color azul, direcciones Cuatro Caminos y Tasqueña.

2. La Alameda Central es un parque público del Centro Histórico de la Ciudad de México, y por su antigüedad, construida en 1592, se clasifica

como el más antiguo jardín público de México y de América.

Capítulo VI Coyoacán

1. Coyoacán es una de las 16 delegaciones de la Ciudad de México y se encuentra en el centro geográfico de este. Su territorio abarca 54.4 kilómetros cuadrados que corresponden al 3.6% del territorio de la capital del país, y está ubicado al sureste de la cuenca de México.

2. fest. coloq. Méx. cerveza.

3. Estoy algo happy, es decir, que se sentía algo tomado, un poco mareado por los efectos del alcohol.

Capítulo VII Vamos por unas frías

1. "Oye, queríamos invitarte por unas muertas más al ratón": Dar a entender que le invitan unas cervezas frías más tarde, o después de.

2. Vale, de acuerdo.

3. Fon; Es decir, teléfono celular, móvil.

Capítulo VIII D-101

1. La Plaza y la Iglesia de la Inmaculada Concepción, comúnmente llamadas "La Conchita", son parte de un barrio antiguo de Coyoacán, que proviene de la época del Virreinato de la Nueva España.

2. Hacer piojito: acariciar suavemente, con la yema de los dedos, la cabeza.

3. La delegación Cuauhtémoc es una de las 16 delegaciones en que se encuentra dividida la Ciudad de México.

4. La "U", conocida también como la "Unión de Tepito", es una de las bandas delictivas más peligrosas, que pelea por controlar las zonas de la colonia Morelos, Guerrero, Buenavista, Garibaldi, Lagunilla, todas ubicadas en la CDMX.

Capítulo IX Amor eterno

1. "Chamba": Trabajo.

2. El Antiguo Colegio de San Ildefonso es un museo de la ciudad de México que se encuentra localizado en el Centro Histórico de la Ciudad de México, en la calle de Justo Sierra en el número 16. Es un espacio

museográfico para exposiciones temporales que cuenta además con acervo propio forjado cuando éste era un importante colegio jesuita y de cuando fue sede de la Escuela Nacional Preparatoria, entre 1867 y 1989, además del destacado conjunto de murales realizados en sus muros entre 1922 y 1940 por los más destacados artistas del muralismo mexicano.

3. Víctor Javier Marín Gutiérrez es un artista visual mexicano, conocido principalmente por su obra escultórica alrededor del tema de la figura humana y por su exploración estética tanto en el plano de las bellas artes, como en el de las artes decorativas.

Capítulo X La limpia sigue.

1. "Compas" Expresión que se utiliza en México para llamar o tratar a alguien como amigo.